

BURTON HARE

LLAMA UN FANTASMA


COLECCION
LA HUELLA
eb

BURTON HARE

LLAMA UN FANTASMA

Colección LA HUELLA n.° 52
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 35409-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: noviembre, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Las ramas de los grandes árboles se desbordaban por encima de las verjas, prolongándose hasta los blancos globos de las luces, que en lo alto de los postes, trataban de suplir la claridad de una luna inexistente.

Las aceras estaban desiertas y oscuras en la amplia avenida residencial. Algunos coches estacionados semejaban quietos fantasmas envueltos en tinieblas. Pocos, porque en un distrito residencial la mayoría de edificios disponen de garaje propio.

Un auto policíaco pasó despacio, con los aburridos guardias mirando la desolación de la calle en sombras. Se alejó cuesta abajo despidiendo destellos con su faro giratorio sobre la carrocería.

Minutos después, otro auto apareció. Avanzaba casi tan despacio como el de la policía y al fin se detuvo, con el susurro del motor apenas audible. Se apagaron sus luces y el motor dejó de runrunear. El lugar elegido por el conductor para estacionarlo era uno de los más oscuros de aquel tramo de paseo.

Se abrió una portezuela y una sombra se apeó. Al instante, hubo desaparecido como engullida por las tinieblas y todo fue silencio de nuevo.

Pasó el tiempo, la noche. El coche-patrulla subió de nuevo a la misma perezosa velocidad que en su anterior pasada y se perdió en la distancia.

Después, mucho después, se oyeron los pasos de un hombre sobre la acera. Pasos seguros, como de alguien que sabe perfectamente adónde va.

Los pasos bajaron la suave cuesta y al fin se detuvieron ante una de las sólidas verjas. El hombre se materializó allí, poco más que una sombra más oscura que la negrura del lugar.

Oprimió el botón del timbre dos veces y esperó.

Volvió a llamar medio minuto después, impaciente.

Al fin, de la columna pétrea que sostenía el portón surgió un leve zumbido y una voz:

—¿Quién es?

—Aubry.

—No conozco a nadie de ese nombre. ¡Maldita sea! ¿Sabe la hora que es?

—Le conviene hablar conmigo… Ya le llamé por teléfono hace un par de días.

—¡Oh!

El altavoz permaneció mudo unos segundos. Luego, la misma voz metálica replicó:

—Usted es el loco del teléfono. Lárguese o llamaré a la policía.

—Eso no le conviene —dijo el visitante—. Por lo menos, hasta que haya hablado conmigo. Después podrá hacer usted lo que quiera.

—¿Dijo que se llama Aubry?

—Ése es mi nombre. Por lo menos esta noche.

Soltó una risita y esperó.

La voz del dueño de la casa surgió al fin del altavoz:

—Le recibiré —dijo—. Pero si se trata de una broma va a pesarle.

El leve zumbido del aparato cesó. El visitante sacó un cigarrillo. Buscó en sus bolsillos las cerillas y en ese instante una garra surgió de las tinieblas, se aplastó contra su cara tirando de él hacia atrás y Aubry creyó que el tirón le arrancaba la cabeza.

Tardó unos segundos en reaccionar. Luego, cuando quiso luchar, era ya demasiado tarde. Vio confusamente un brillante chispazo ante sus ojos, como si un rayo de luz descendiera fatalmente, y al instante el infierno penetró en su garganta con todo el dolor del mundo.

La vorágine de dolor estalló dentro de él como una llamarada y le pareció que las tinieblas se llenaban de un brillante surtidor de chispas rojas. Ya no supo que era su propia sangre y se derrumbó de bruces cuando la garra que le sujetaba soltó la presa.

Junto a él repiqueteó el acero al caer también. Tras esto, unos pasos quedos se alejaron y el coche negro que se estacionara en la

oscuridad emprendió la marcha sin encender las luces, deslizándose cuesta abajo con el motor parado.

Aubry aún jadeó en un estertor agónico, mientras la sangre se extendía a su alrededor como una roja marea.

Estaba vivo aún cuando las cerraduras electrónicas de la verja chascaron en el silencio. El portón se abrió y los ojos desorbitados del agonizante vieron aparecer unos pies calzados con zapatillas de piel.

Intentó hablar, pedir ayuda, rugir la angustia que le atenazaba ante la muerte. No consiguió nada de eso, excepto vomitar más cantidad de sangre.

El hombre que había aparecido quedó paralizado por el terror ante lo que estaba viendo. Incapaz de moverse durante los primeros instantes, sólo miraba al agonizante con ojos desorbitados.

Luego, cuando reaccionó, dijo con voz ronca:

—¿Aubry…, es usted Aubry?

Vio la sangre que surgía a borbotones por la garganta seccionada, dio media vuelta y echó a correr sin perder tiempo en cerrar la verja.

Corrió locamente por el ancho sendero de grava hacia la gran casa y una vez allí descolgó el teléfono de un zarpazo. Trató de memorizar el número de la policía y ya había discado los tres primeros números cuando, interrumpiéndose, colgó poco a poco el auricular y giró sobre los pies, mirando hacia la puerta.

Salió otra vez de la casa y de nuevo atravesó todo el jardín hasta la calle.

El hombre se había desangrado y estaba muerto. La sangre rodeaba su cabeza y se extendía bajo el pecho empapando sus ropas.

Vaciló. Después, con infinito cuidado de no pisar la sangre, se inclinó sobre el cadáver y tanteó sus bolsillos.

Excepto tabaco, cerillas, y un manojo de llaves, no llevaba nada encima. Claro que no se atrevió a registrar el bolsillo empapado de sangre. Quizá llevara algo de dinero en él, pero las náuseas empezaban a acosarle y el hombre se levantó, retrocediendo con un temblor espasmódico sacudiéndole todo el cuerpo.

Esta vez volvió a la casa y llamó a la policía sin más dilaciones.

* * *

Llegaron en bandadas. Primero los de uniforme, los agentes del coche-patrulla. Después, los de paisano adscritos a la Brigada de Homicidios del distrito.

Luego, como un enjambre, los reporteros y fotógrafos. Un asesinato en un lugar residencial, donde el noventa por ciento de sus habitantes solían aparecer frecuentemente en las páginas de sociedad de los periódicos, era todo un notición.

Los agentes de uniforme poco pudieron hacer, excepto mantener a los reporteros a distancia e impedir que invadieran el parque.

Los otros hicieron algo más. Empezaron a trabajar inmediatamente, y un par de ellos se fueron hacia la casa escoltando al desmoralizado propietario.

Se presentaron sólo cuando estuvieron instalados en la biblioteca.

—Soy el teniente Price —dijo el más joven—. Éste es el sargento Barrett. ¿Está usted solo en todo este caserón?

—Sí…

—¿No dispone de servicio?

—Hay un matrimonio que cuidan de la casa, pero ésta es su noche libre. Una vez a la semana se van a pasar el día y la noche libres con su hija, en Burbank. También viene un jardinero tres veces por semana, pero no duerme aquí. Nunca se queda.

—Bien, señor Hamilton, ahora puede contarnos toda la historia. Tómese tiempo, está muy nervioso.

—Y usted que lo diga. Necesito un trago. ¿Desean beber algo?

Sacudieron la cabeza y él se encogió de hombros. Fue a un pequeño bar ubicado en un ángulo de la estancia y llenó un vaso con *whisky*.

Lo bebió tan apresuradamente que casi se ahogó.

El teniente Price dijo:

—¿Conocía usted al muerto, señor Hamilton?

—Nunca lo había visto.

—Pero por lo que entiendo fue usted a abrirle la entrada a pesar de la hora que era…

—Se lo explicaré… —Vació el vaso hasta la última gota y volvió a llenarlo—. El tipo dijo que se llamaba Aubry. Me había llamado por teléfono hace dos días y entonces pensé que se trataba de un

loco, o uno de ésos que pretenden sacar dinero a la gente con absurdas excusas. Cuando se presentó aquí esta noche me intrigó y accedí a recibirle.

—¿Por qué le intrigó?

—Por lo que había insinuado cuando me habló por teléfono. Entonces dijo que podía decirme muchas cosas sobre la muerte de mi esposa…

Con el vaso en la mano, Randolph Hamilton fue a sentarse en una butaca y pareció hundirse en ella hasta las orejas.

Price murmuró:

—¿La muerte de su esposa?

—Ocurrió hace dos meses… un trágico accidente. Deben haber oído hablar de ello.

—Sí, seguro.

Hamilton les miró, desamparado.

—Pensé llamar a la policía. Pero luego decidí que trataría de ver en qué paraba todo esto y fui a abrirle. Ya estaba muerto cuando llegué a la calle.

El sargento Barrett, que había estado curioseando los centenares de volúmenes que se alineaban en las estanterías, dijo sin volverse:

—Entonces, el asesino debía estar ahí fuera, esperando que el fulano terminara de hablar con usted… Cualquiera pensaría que si estaba allí le mataría antes de que acudiera usted, a fin de tener más tiempo para escapar.

—No sé dónde estaba… Todo lo que sé es que abrí la verja y me encontré con toda la sangre…

—¿Tocó el cuchillo?

Hamilton dio un salto.

—¿Cuchillo? —boqueó—. ¿Qué cuchillo?

—Le mataron con un cuchillo. Tan afilado que de un solo tajo le cercenaron la garganta de oreja a oreja.

El sargento añadió por su cuenta:

—El cuchillo estaba en el suelo, a poca distancia del cuerpo.

—Yo no vi ningún cuchillo…

—Señor Hamilton, no hemos dicho que usted lo viera… La pregunta fue obligada ya que el arma del crimen estaba a la vista. Tal vez lo tocó o tal vez no.

—¿Lo preguntan por las huellas dactilares? —Hamilton suspiró

con alivio—. No lo toqué. No puede haber ninguna huella mía.

Price se encogió de hombros.

—De cualquier modo, es un arma muy curiosa. No creo que sea difícil seguirle la pista. Se trata de uno de esos cuchillos de caza con empuñadura especial… En realidad, la empuñadura es la pata de un antílope. No conserva huellas, a menos que hubiera alguna en la hoja.

Hamilton abrió la boca y se olvidó de cerrarla.

Barrett gruñó:

—¿Qué le sucede ahora?

—Ese cuchillo…

—¿Sí, señor Hamilton?

—Yo… este… tengo un cuchillo así… La empuñadura es la pata de un ciervo que maté hace años…

Los dos policías cambiaron una mirada, súbitamente alertas.

—Eso es curioso —comentó el teniente con voz neutra—. Me gustaría comprobar si aún está ese cuchillo en su poder.

Hamilton vació el vaso y señaló la puerta.

—Vengan conmigo —balbuceó—. Tiene que estar en la sala de juego…

Atravesaron toda la lujosa residencia hasta la parte posterior.

Un pequeño pabellón había sido agregado a la construcción original. Contenía una gran mesa de billar, mesas de juego y aparatos de gimnasia Los muros de piedra vista estaban decorados con distintos trofeos de caza, desde ciervos hasta osos.

En unas vitrinas se alineaban hasta una docena de rifles, brillantes y bien cuidados.

—Tiene que estar ahí… en esa vitrina.

Sólo que allí no había ningún cuchillo.

Price dejó escapar un largo suspiro.

—¿Está usted seguro que lo guardaba aquí, señor Hamilton?

—¡Claro que estoy seguro! Lo vi ahí, la última vez que limpié los rifles…

—¿Y cuándo fue eso?

—No sé…, hará un par de semanas quizá…

—Habrá que profundizar un poco más sobre ese cuchillo, ¿no le parece?

Hamilton trató de serenarse.

—No me gusta su tono, teniente —murmuró.

—A mí tampoco me gusta que la gente ande por ahí degollando a los ciudadanos. Disculpe si le parezco brusco, pero es mi condenado oficio, ¿sabe?

—Comprendo…, me considera sospechoso, ¿no es así?

—Lo es, naturalmente. Y supongo que a medida que avance la investigación saldrán algunos más. Volvamos a la biblioteca… Hay muchas cosas que quiero preguntarle.

Desalentado, Hamilton apagó las luces y les precedió de vuelta a la biblioteca, a las preguntas y al *whisky*.

CAPÍTULO II

La rubia salió del baño y atravesó el dormitorio como si flotara.

Por lo menos, eso le pareció a Sandy, viéndola por entre las brumas del sueño.

Ella se detuvo junto al enorme ventanal por el que entraba el sol, tamizado por las cortinas.

—Hace un día espléndido —dijo ella—. Podrías llevarme a la playa.

El respondió con un gruñido.

La muchacha rubia se le antojó una estatua dorada, bañada por el sol y la luz.

—Vamos, despierta —insistió la muchacha—. Son más de las doce.

—¿Quieres cerrar la boca, preciosa? Creo que va a estallarme la cabeza de un momento a otro.

Ella rió.

—No me sorprende en absoluto teniendo en cuenta todo lo que bebiste anoche.

Se volvió. Tenía unas caderas redondas y suaves, y unas piernas largas y perfectas que habían encandilado a todos los lectores de las revistas «sólo para hombres».

Sus senos eran pequeños y desafiantes, un prodigio de equilibrio y de línea.

El cerró los ojos y masculló:

—Ponte algo encima, chica rubia. Me mareas.

—Otra vez olvidaste cómo me llamo.

—Un nombre no importa. ¡Maldita sea! ¿No tienes algo para el dolor de cabeza?

—¿Quién, yo? Ésta es tu casa, querido.

El pareció reflexionar sobre esto, cubierto por la sábana.

—Mira en el armario del baño…, debe haber aspirinas por alguna parte —dijo al fin—. Y una botella de «Chivas» también.

—¿También en el baño?

—No hagas chistes a estas horas, por favor…

Ella se disponía a retroceder, cuando exclamó:

—Tienes visita, querido.

—Sí, ya lo sé. Una rubia.

—Un tipo con un «Lincoln Continental».

—¿De qué estás hablando?

—Acaba de apearse abajo… Ahora mira alrededor un poco sorprendido… No debe gustarle el estado de tu jardín. Ahora se dirige a la puerta… Ya no le veo.

En alguna parte empezó a sonar un timbre.

El abrió un ojo.

Ella comentó:

—Una situación comprometida, ¿eh?

—Mira, baja y dile que se largue.

—¿No quieres saber de quién se trata?

—¡Al infierno con él!

—Un fulano con un «Lincoln» como ése no puede mandarse al infierno así como así.

—No quiero ver a nadie, excepto a ti, por supuesto. Dile que se largue y luego vuelve.

—Bueno, para eso no necesito bajar todas esas malditas escaleras de caracol…

Abrió el ventanal y salió a la terraza. El sol bañó su cuerpo como si estuviera bajo un millón de focos.

—¡Eh, usted! —gritó—. ¡Váyase por donde vino! Hoy no es día de visita.

El hombre que estaba en la puerta retrocedió, levantando la cabeza.

Lo que vio allá arriba le hizo dar un respingo. Por poco no se cayó de espaldas.

—¡No vaya a desmayarse ahora! —dijo ella—. Sólo lárguese.

Hasta la cama llegó la voz del visitante:

—¡Quiero ver a Sandy Reid! —boqueó, ahogándose—. ¡Es muy urgente!

—¡El no quiere ver a nadie!

—¡Soy Randolph Hamilton!

—¡Y yo *La Bella Durmiente*! Hoy no recibimos en casa —insistió la muchacha.

Sandy sacó la cabeza de entre las sábanas.

—¿Qué nombre dijo, chica rubia?

—Hamilton o algo así.

El trató de enfocar la mirada hacia la terraza. Casi pegó un brinco.

—¡Estás loca! —Gruñó—. ¿Quieres ponerte algo decente encima?

Refunfuñando, la rubia entró en el dormitorio y buscó por entre el revoltijo de ropas. Atrapó una bata de él y se envolvió como si fuera una manta.

El timbre reanudó su agudo concierto.

—Baja y abre la puerta, por favor —refunfuñó Sandy—. Ese tipo es la terquedad en forma de hombre.

Cuando ella se fue él saltó de la cama y tambaleándose entró en el cuarto de baño.

Abajo, la rubia abrió la puerta y Hamilton entró tan cautelosamente como si esperase ver aparecer un tigre en cualquier rincón.

—Éste… ¿Era usted la que estaba allá arriba? —balbuceó.

—¿Cuántas rubias desnudas cree que rondan esta casa, hombre? ¡Claro que era yo!

—Lo siento… lamento… este… ser inoportuno.

—¡Ya lo creo que lo es!

—Necesito ver a Sandy…

—Es usted un tipo con ideas fijas. Cualquier otro en su lugar preferiría verme a mí. Bueno, suba y trate de no romperse el cuello por esas endiabladas escaleras.

El atravesó la estancia. Las escaleras que subían al estudio eran realmente como para desanimar a cualquiera. Se retorcían en espiral hacia arriba hasta desaparecer más allá del techo. Por toda barandilla había unas barras de hierro verticales formando una especie de jaula y todo el conjunto resultaba tan disparatado como el resto de la casa.

Hamilton subió precavidamente. En el rellano vio dos botellas

vacías tiradas en un rincón.

En la puerta del dormitorio, colgando del tirador, había una filigrana de encajes con dos levísimas copas que en cualquier centro de modas francesas debían costar una fortuna.

Hamilton estaba desbordado. Se quedó mirando los sujetadores como si viera una serpiente.

Ella casi le empujó.

—No se sorprenda por nada —dijo—. Forman parte de la decoración, ¿sabe?

Sandy Reid se había enfundado unos tejanos y estaba descalzo y con el torso desnudo. Una larga cicatriz en el lado derecho del pecho azuleaba como si fuera un viejo tatuaje. Junto al hombro, otra más pequeña hablaba de otros tiempos de violencia y de muerte.

—Ya que estás aquí —gruñó—, siéntate y bebe algo. Si es que queda algo de beber… ¿Quieres ocuparte de eso, chica rubia?

—Connie.

—¿Qué?

—Me llamo Connie, si no te importa.

—Oh, eso…

Ella se fue.

Hamilton dijo:

—¿De dónde infiernos las sacas?

—Ésta es mi vecina.

—La última vez que te vi era una azafata japonesa que…

—Nunca tuve prejuicios raciales. ¿Qué maldita idea te dio, para venir a estas horas?

—¡Si son más de las doce del mediodía!

Sandy se recostó en la cama.

Cerró los ojos turbios y gruñó:

—La hora de las brujas… si fuera de noche. Bueno, ¿qué pasa?

—Mataron a un hombre, anoche, en la puerta de mi casa.

Sandy abrió los ojos y trató de enfocar la mirada.

—¿Y vienes a contármelo a mí?

—Necesito ayuda, Sandy…, estoy desesperado. La policía…

—¿Te acusan del crimen?

—Casi. El cuchillo con que le mataron era mío…

—Pues has elegido el mejor momento para venir a contarme tus

problemas… Estoy muerto… ¡Connie!

La chica apareció con una botella y vasos.

—Haré café —dijo generosamente—. Es lo que necesitas en tu estado.

—Mi estado es bueno… Pero será mucho mejor cuando haya bebido un trago.

—De cualquier modo, prepararé café.

Se fue otra vez. Allá fuera se oyó un traspié y la voz de la rubia maldiciendo las escaleras.

Hamilton comentó:

—Alguien se matará cualquier día en estos escalones, Sandy.

—Tengo la esperanza de que sea algún acreedor.

Destapó la botella y llenó dos vasos.

Hamilton tomó uno y empezó a beber.

—Tienes que ayudarme, ¿comprendes? —exclamó después—. Estoy convencido de que eso no terminará así como así… con la muerte de ese individuo.

—¿Qué puedo hacer yo? La policía tiene el caso. Ellos lo resolverán.

—No quieres entenderlo. El fulano vino a verme porque dijo que podía decirme muchas cosas sobre la muerte de Marja.

Sandy se quedó quieto, con el vaso a mitad de camino hacia sus labios.

Tras un silencio murmuró:

—¿Y le hiciste caso?

—Quería ver qué se traía entre manos.

Tú sabes cómo murió. A menos que hayas mentido, claro…

—¡No digas simplezas! Se despeñó con el maldito coche. La policía lo comprobó sobre el terreno y los que estuvieron en aquella fiesta declararon que cuando salió apenas se tenía en pie. Había bebido una barbaridad… No hay ningún misterio por ese lado.

—Creo que me va a estallar la cabeza.

—Si te emborracharas menos y dejaras a las mujeres donde deben estar, no te pasaría eso.

—Te aseguro que sé muy bien dónde deben estar las mujeres…

—¡Condenación! ¿Quieres prestarme atención y tomar esto en serio? Estoy dispuesto a pagarte… Porque imagino que aún conservas tu licencia.

—Debe andar por algún lado.

—¡Sandy, por el amor de Dios!

—Ya no trabajo, Randy. Borrón y cuenta nueva. Estoy acabado y me va bien así.

—No puede irte muy bien cuando no ganas un centavo desde hace meses y meses.

Reid esbozó una mueca.

—Tengo una renta. Deberías saberlo.

—¿Renta? Estás chiflado.

—Olvídalo. Algún día escribiré mis memorias y alguien en Washington, saltará hasta el techo.

Hamilton no pudo evitar un gesto de desesperación.

—¡Pero se trata de Marja! ¿Es que no lo entiendes? Hay algo en todo esto que trata de ensuciar su memoria, estoy seguro… Ese fulano queriendo decirme algo de su muerte. Y luego el asesinato en la puerta de mi casa para que no hablara conmigo… Es algo siniestro, Sandy.

—¿Quieres hablarme de cosas siniestras… «a mí»?

La llegada de la rubia cargada con una bandeja y tazas evitó la réplica de Hamilton. El café esparcía su aroma por toda la estancia.

—Tómalo como si fuera una medicina, querido —runruneó con acento burlón—. Espero que te haga resucitar.

Ninguno habló mientras estuvieron dando cuenta del café.

Luego, la muchacha dijo:

—Me voy a tomar el sol en la terraza. Me gusta sentir su caricia caliente en la piel.

Se contoneó hacia el ventanal. Cuando lo atravesó estaba despojándose de la bata y Hamilton aún tuvo una visión fugaz de su maravilloso cuerpo dorado antes de que desapareciera allá fuera.

—Esa chica no sufre inhibiciones de ninguna clase —comentó sintiendo que se le secaba la garganta.

—Es de la nueva generación.

Se echó *whisky* a la taza vacía y lo bebió de un trago.

Hamilton gruñó:

—Podrías esperar a emborracharte, ¿no crees?

—Puedo escucharte perfectamente, aunque no pueda hacer otra cosa por ti.

—¡Pero sí puedes hacerlo!

—Nada —rezongó Sandy—. No hay nada para mí en este lío. Es todo tuyo, camarada. ¿Dónde diablos dejé los cigarrillos?

Revolvió en torno hasta que localizó un paquete de tabaco entre las vaporosas prendas íntimas de la muchacha.

Encendió un cigarrillo y por entre el humo miró a Hamilton especulativamente.

—Me pregunto por qué estás tan asustado —dijo—. Tu mujer se despeñó en un acantilado debido a que conducía medio ebria. Y ahora pierdes los estribos porque un idiota cualquiera pretende saber algo respecto a esa muerte…

—A ese idiota cualquiera le cortaron el cuello a la puerta de mi casa, y con un cuchillo que me pertenecía. Era mío. Hubieron de robármelo, o sea, entrar en mi residencia, forzar la cerradura de la vitrina sin dejar señales y llevárselo… para utilizarlo luego contra el tipo llamado Aubry.

—¿Aubry?

La voz de Reid sonó de un modo especial, cortante y seco. Pero Hamilton estaba demasiado trastornado para notarlo.

—Ése fue el nombre que me dio por teléfono primero, y luego a través del micro de la puerta. Dijo que se llamaba Aubry…, aunque ahora recuerdo que dijo algo más…, algo a lo que no presté atención.

—¿Qué fue?

—Algo así como que ése era su nombre… por esa noche o algo así, no recuerdo las palabras.

Reíd saboreó el cigarrillo en silencio unos momentos.

Luego gruñó:

—¿Por qué piensas que voy a meterme en este asunto, Randy?

El otro suspiró.

—Porque la mujer muerta era Marja y tú estuviste loco por ella. Eso en primer lugar. Después, porque puedo pagarte lo que me pidas para investigar. Y por último, porque a pesar de todo, creo que soy el único amigo que te queda en todo el mundo.

—No te pongas sentimental, por favor. ¿Qué esperas que investigue?

—Todo lo relacionado con ese individuo llamado Aubry. Qué era lo que escondía en la manga, por qué intentaba ese truco conmigo. En fin, puedes ver el cuadro mejor que yo puesto que eres

un profesional.

—Hace seis meses que no trabajo, Randy. Incluso cerré la oficina.

—Lo sé.

—¿Qué oficial lleva el caso?

—Un tal teniente Price.

—Vaya…

—¿Le conoces?

—Es un buen sabueso.

—Entonces, ¿me ayudarás? Los policías piensan que yo soy el sospechoso ideal para este caso.

Sandy aplastó el cigarrillo en la taza y se levantó.

—De acuerdo, veré qué puedo hacer, aunque en buena ley debería mandarte al infierno, o arrojarte escaleras abajo…

Hamilton no pudo ocultar un suspiro de alivio.

—Ni siquiera regatearé tu cuenta cuando me la presentes —dijo con una forzada sonrisa.

—Espero que recuerdes eso cuando llegue el momento. Y ahora lárgate. Te veré cuando haya hablado con Price.

Hamilton dio un vistazo a la soleada terraza. Desde donde estaba podía ver un completo escorzo de las maravillosas piernas de la muchacha tendida al sol.

—Déjala tranquila por un tiempo, ¿sí? —Gruñó—. De lo contrario pasará una semana antes de que empieces a moverte.

—Cuando necesite tus consejos te los pediré.

Hamilton se fue un tanto violento. En las endiabladas escaleras dio un traspié y estuvo a punto de bajarlas rodando, con lo que soltó una sarta de juramentos y su voz se perdió allá abajo como un viento de tormenta.

Reid se asomó a la terraza.

—Cuando te vayas no olvides vestirte. Los vecinos pondrían el grito en el cielo si te vieran así.

—Yo soy tu única vecina y no me escandalizo por nada. ¡Eh, un momento! ¿Qué quieres decir con eso?

Ella se incorporó de un salto.

En el jardín las ruedas del coche hicieron rechinar la grava cuando se alejó.

Sandy dijo:

—Tengo trabajo. He de marcharme.

—Ya me pareció en cuanto le vi que ese fulano era de la vieja escuela. Te ha contagiado sus malos hábitos…

—Te veré cuando vuelva, aunque maldito si sé cuándo será.

—Bueno, tú te lo pierdes. Yo me quedo aquí.

Volvió a tenderse, cerró los ojos y todo su cuerpo se relajó bajo la caricia caliente del sol.

No muy seguro de su comportamiento, Reid fue a vestirse para meter la nariz en un avispero de cuya magnitud no tenía aún la más ligera idea.

Capítulo III

George Price enarcó las cejas cuando Reid hubo expuesto los motivos de su visita.

—Hay gato encerrado —comentó con evidente desconcierto—. ¿Pretende decirme que investiga por cuenta de Hamilton?

—Ciertamente.

—¿Para ayudarle?

—Eso dije.

—Hay truco en alguna parte.

—No veo por qué habría de haber truco. Aún conservo mi licencia de investigador privado, aunque no haya ejercido en mucho tiempo.

—No se trata de eso.

—Entonces, no le comprendo, Price.

—¿Sabe usted? A raíz de este asunto hemos realizado unos informes de rutina. Ese tal Hamilton se casó con una mujer llamada Marja Langtry. Unos meses después de la boda ella se despeñó, muriendo en un absurdo accidente por conducir borracha.

—¿Y…?

—Esa dama había venido a nuestro país como refugiada… de la mano de usted.

—Sí.

—Usted iba a casarse con ella.

Sandy sacudió la cabeza.

—Sabía que llegaríamos a eso. Price, yo pensaba casarme con Marja, es cierto. Pero ella prefirió a Hamilton cuando le conoció, de modo que no era cuestión de ponerle una pistola en el pecho y obligarla a que se casara conmigo a la fuerza. Fue ella quien eligió libremente. Eso es todo.

—No es todo. Hablando en plata, Hamilton le quitó su chica, y ahora viene usted aquí pretendiendo ayudarle. ¿Le parece que eso tiene lógica?

—No tengo ninguna simpatía por Hamilton, pero tampoco le odio. Si Marja le eligió fue casi sin que él interviniera en el asunto. No intentó jugármela en ningún momento. Simplemente, se encontró bebiendo los vientos por una mujer excepcional. No complique las cosas ahora.

Price estuvo observándole unos instantes en silencio, el ceño fruncido y una expresión de sospecha en sus ojos agudos de buen polizonte.

—Muy bien, Reid —gruñó al fin—. ¿Qué es lo que quiere?

—Detalles del caso, ya sabe.

—No tenemos mucho todavía. El fulano dijo que se llamaba Aubry, pero hasta el momento es todo lo que sabemos respecto a su identidad. El tipo que le mató era un profesional del cuchillo. Le degolló limpiamente de un solo tajo atacándole por la espalda. Una cuchillada maestra. El cuchillo le pertenecía a Hamilton sin ninguna duda. El mismo lo ha identificado, aunque jura que se lo robaron de la vitrina donde guarda sus armas de caza. Una vitrina constantemente cerrada con llave.

—Todo eso ya lo sabía al venir aquí. Me interesa ese Aubry.

Y a nosotros también.

—¿Nadie se ha presentado a identificarle?

—En absoluto.

—Me gustaría ver el cadáver.

—Le daré una nota para el encargado del depósito. ¿Quiere también el resultado de la autopsia?

—Maldito si eso me interesa sabiendo que le rebanaron el pescuezo y que ésa fue la causa de la muerte.

—¿Qué más quiere entonces?

Sandy encendió un cigarrillo después de ofrecerle otro al teniente.

—Ese individuo —dijo—. Aubry, le dijo a Hamilton que podía contarle muchas cosas sobre la muerte de Marja. ¿Existe alguna duda sobre las causas de la muerte acaso?

—Ni la más remota. Ella había asistido a una fiesta, bebió más de la cuenta y luego condujo por esa endemoniada carretera de la

costa, perdió el control del coche y se despeñó. Punto final.

—¿Alguien vio el accidente?

—Nadie, pero apenas un minuto después de que se produjera acertó a pasar por el lugar un coche-patrulla. Vieron el trozo de carril protector roto y polvo flotando en el aire. El auto acababa de saltar al vacío, de modo que casi fueron testigos del accidente.

—No obstante, si fuera cierto que Aubry supiera algo más que todo eso…

—Tonterías. El fulano era un estafador barato sin ninguna duda. Se aclarará cuando consigamos identificarle.

—¿Qué fiesta fue ésa a la que Marja había asistido?

—En la residencia de los Solomon. Había por lo menos veinte invitados más y todos coincidieron en que ella había bebido en exceso.

—¿Hubo una encuesta oficial a raíz de la muerte de esa chica?

—Naturalmente. Muerte por accidente sin la menor sombra de duda. Oiga, Reid, ¿en qué diablos está usted «realmente» interesado, en el asesinato de anoche o en la muerte de Marja Hamilton?

—En el crimen de anoche, por supuesto. Pero el crimen se cometió contra alguien que de algún modo parecía relacionado con lo otro. Y ahora, si no tiene inconveniente, veamos esa nota para el encargado del Depósito de cadáveres.

Price garabateó unas líneas en una cuartilla oficial y la entregó a Reid con un gesto indeciso.

—¿Sabe usted la idea que acaba de ocurrírseme? —murmuró de pronto.

—Dígamela.

—Que usted viene a complicar todo el cuadro, como si no lo estuviera bastante. Creo que habré de ampliar mis investigaciones en su torno, Reid.

—Hágalo. Se llevará un par de sorpresas.

—Tal vez. La primera podría ser su coartada para anoche…

—Tengo una coartada sólida como una roca. Tiene el pelo largo y rubio y la sucesión de curvas más espectaculares que haya usted visto en su vida. Yo la llame chica rubia, pero ella insiste en que su nombre es Connie. Le gustará.

Se levantó ante el estupor del teniente.

Éste gruñó al final:

—Sabe que lo comprobaré, ¿no es cierto, Reid?

—Seguro. Si se da prisa, la encontrará en mi casa tomando baños de sol en la terraza. Y dudo que lleve encima algo más que la piel.

Ya había salido cuando Price se dio cuenta que aún estaba con la boca abierta por el asombro. La cerró y sus mandíbulas chascaron igual que un cepo.

* * *

Randolph Hamilton apartó los documentos que había intentado examinar durante casi media hora sin conseguir fijar la atención suficiente en ese trabajo.

Le era imposible concentrarse porque su mente giraba como un torbellino alrededor de los terribles sucesos en los que se veía mezclado bien a pesar suyo.

Cuando el teléfono empezó a llamar estuvo tentado de no responder. No deseaba hablar con nadie. No obstante, el timbre agudo e insistente acabó por decidirle. Levantó el auricular y gruñó:

—¡Hable!

Una voz extraña, susurrante como si surgiera de las profundidades de un pozo, musitó:

—¿Randy…?

—Soy Randolph Hamilton. ¿Qué clase de broma es ésta?

Oyó un increíble gorgoteo, un sonido gutural que le produjo escalofríos. Luego, aquella voz que apenas lo era sonó de nuevo, aunque no pudo entender una sola palabra.

—¡Oiga! —chilló—. ¿Quién es usted, qué está tratando de decirme?

Otro largo jadeo, y la voz incomprensible cada vez más turbia, y finalmente el nombre:

—¡Randy…!

Hubo un chasquido y la comunicación se cortó bruscamente.

Notando un extraño frío en todo el cuerpo, Hamilton colgó el auricular tan despacio como si temiera romperlo.

Aquella voz…

CAPÍTULO IV

El encargado del depósito de cadáveres era un hombre asombrosamente alto y delgado. Las facciones angulosas y afiladas le daban cierto parecido con un ave y sus ojillos aburridos eran tan faltos de expresión como los de aquellos desgraciados que descansaban en los compartimentos del frigorífico.

—¿Es usted pariente del muerto, acaso? —preguntó tras leer la nota del teniente.

Sandy hizo un gesto negativo.

—No lo creo —gruñó—. ¿No ha venido nadie antes interesándose por ese fiambre?

—Nadie en absoluto. Venga por aquí.

Aspirando el penetrante olor a formaldehído, Reid siguió al hombre hasta la inmensa cámara frigorífica.

Cuando la camilla se deslizó sobre los aceitados rieles, el cuerpo cerúleo del muerto apareció ante sus ojos.

No le habían tratado muy bien. Ni siquiera se tomaron la molestia de adecentar un poco la espantosa herida del cuello.

Sandy permaneció casi un minuto mirando aquella cara tan blanca como el papel.

El cuerpo estaba desnudo bajo la sábana que le cubría hasta la mitad del pecho.

—¿Puedo moverlo? —masculló.

—¿Para qué?

—Quiero verle la espalda.

—Bueno… écheme una mano.

—Sólo ladearlo.

El hombre con la cara de pájaro levantó el cuerpo, ladeándolo.

Bajo la paletilla derecha tenía una profunda cicatriz.

—Ya puede dejarlo —dijo, apartándose y encendiendo un cigarrillo.

Esperó a que el cuerpo desapareciera de nuevo en el interior de la cámara y luego siguió al encargado hasta el piso superior.

—¿Va a identificarlo usted? —indagó el hombre.

—No.

—¿Cómo qué no? Usted le conocía…

—No lo había visto en mi vida.

—¡Cuernos! ¿Cree que nací ayer? Usted sabía que el tipo llevaba esa cicatriz en la espalda.

—No recuerdo haber visto ninguna cicatriz.

Reid dio media vuelta y caminó recto hacia la puerta, por donde desapareció.

El encargado se rascó el cogote, perplejo. Luego, con un gruñido de disgusto, levantó el teléfono y marcó el número de la policía.

—Quiero hablar con el teniente Price —pidió cuando obtuvo comunicación.

—Salió hace un rato. Aquí el sargento Barrett. ¿Qué es lo que desea y quién es usted?

—Soy Woods, el encargado del depósito. Oiga, sargento, ha ocurrido algo raro aquí.

—¿Raro? —cacareó el sargento a través del auricular—. ¿Qué fue, se le alborotó uno de sus «tiesos»?

—No tiene ninguna gracia sargento. Vino un tal Reid con una autorización del teniente Price para ver al fulano ese que trajeron con la garganta cortada. Bueno, él asegura que no le había visto nunca, pero me hizo darle vuelta para verle la espalda y allí tiene una cicatriz de un palmo. Era eso lo que ese Reid quería ver…, sabía que la cicatriz estaba allí.

—Entiendo…

—He pensado que al teniente le gustaría saberlo.

—Se lo comunicaré en cuanto llegue. Gracias, Woods, Cuide bien a sus clientes, ¿sí?

—¡Al infierno con usted!

El hombre colgó de golpe. Detestaba que los vivos le dieran problemas. En realidad, aunque él no se detuviera nunca a reflexionar sobre el asunto, detestaba a todo ser humano vivo. Se había habituado más a la paz de los muertos que a los conflictos de

los vivos…

* * *

Price atravesó el descuidado jardín y llamó al timbre repetidamente.

Sobre su cabeza sonó una voz clara y vibrante:

—Sea lo que fuere que vende usted, no nos interesa.

Retrocedió unos pasos para ver quién le hablaba.

Se quedó boquiabierto al ver a la muchacha asomada a la barandilla de la terraza. Era una rubia como nunca viera otra semejante y a juzgar por lo que veía no llevaba nada encima, excepto la piel.

Y veía una buena porción de ella.

—¿Es usted Connie? —balbuceó.

—Seguro. ¿No puede cerrar la boca, amigo?

Price dio un respingo.

—Usted me ha dejado sin aliento. Bueno, de cualquier modo, póngase algo encima y baje a abrir la puerta. Quiero hablar con usted. Soy el teniente Price, de Homicidios.

—¿Homicidios? Menos mal.

Desapareció de los encandilados ojos del policía, dejando a éste más perplejo aún. Era la primera vez que alguien se alegraba de ver a un oficial de Homicidios en todo lo que llevaba de carrera.

Cuando la puerta se abrió se encontró mirando a la deslumbrante rubia envuelta descuidadamente en una bata casera. Estuvo seguro de que bajo la bata no llevaba nada más que la piel.

—Temí que algún chismoso me hubiera denunciado por desacato a la moral o algo así —comentó la muchacha, plantada en la puerta—. Oiga, amigo, deje que vea su fotografía en algún documento, ¿sí?

—Claro…

Mostró su credencial y ella le franqueó el paso.

—¿Está seguro que viene a verme a mí? Ésta es la casa de Sandy Reid.

—Lo sé. Hablé con él hace apenas media hora. Me dijo que la encontraría a usted aquí.

Ella arrugó el ceño.

—¿Sandy dijo eso?

—Ajá.
—¿Por qué?
—Necesito hacerle un par de preguntas. Respecto a anoche.
—¿Anoche?
—¿Dónde estuvo Reid?
—Cenamos juntos en Mogambo. Bailamos. Después vinimos aquí. Y no me pregunte qué hicimos porque le echaré a puntapiés.
—Eso puedo imaginario sin dificultad. ¿Hasta qué hora estuvieron juntos?
—Ya entiendo…, se trata de una coartada o algo así.
—Sólo rutina, ya sabe.
—Bueno, Sandy se marchó alrededor de la una del mediodía.
—¿Quiere decir que estuvieron aquí hasta esa hora, juntos?
—Ni más ni menos. ¿Sabe usted de algo mejor, dadas las circunstancias?
—Ya veo…
—Bebimos, jugamos, dormimos, tomé el sol por la mañana… y hasta ahora. ¿Eso es todo lo que quería saber?
—Poco más o menos en lo que respecta a Reid. En lo que atañe a usted me gustaría saber mucho más.
—Pregunte. ¿Quiere que le detalle mis medidas vitales?
—¿Medidas vitales? —bufó el teniente.
—Ya sabe… caderas, busto, cintura, todo eso.
El sintió que la sangre se le alborotaba.
—Mire, déjese de chistes. Estoy trabajando y necesito mantener la mente clara.
Ella sonrió retadoramente.
—Sólo pregunte —dijo—. Estoy a su disposición.
El dudó sobre el exacto sentido de semejante afirmación. Optó por una retirada estratégica antes que las cosas se complicasen más de la cuenta.
—Creo que ya es suficiente —gruñó—. Cuando quiera que me tomen la cabellera se lo pediré. Gracias por recibirme… y por cubrirse un poco.
Ella siguió riéndose muy quedo.
—Puedo descubrirme si es necesario para su «investigación», ¿sabe?
—Eso sería una gran cosa.

Dio media vuelta y se largó al trote hasta desaparecer más allá del jardín.

Connie cerró la puerta despacio y encogiéndose de hombros subió de nuevo a la terraza, donde arrojando la bata a un lado expuso otra vez su cuerpo maravilloso a la caricia del sol.

Con toda seguridad, Price hubiera tenido mucho que decir si hubiese podido verla en semejante situación…

CAPÍTULO V

La voz de Hamilton sonó a través del auricular.

—¿Qué es eso de que vas a estar fuera dos o tres días? —balbuceó—. ¡Dijiste que trabajarías en este caso, Sandy!

—Estoy trabajando en él y cada vez me gusta menos.

—¡Pero no puedes abandonarme justamente ahora!

—Escucha, es preciso que haga un viaje. Me retendrá fuera de la ciudad dos o tres días a lo sumo, así que tómalo con calma. La policía no tiene nada sólido contra ti, de modo que no debes preocuparte por ese lado.

—Estuve pensando en todo esto —casi chilló Hamilton—. No es la policía quien me preocupa ahora, sino el hombre que mató a ese Aubry anoche. ¿Te das cuenta? Lo hizo en mi propia puerta y utilizando un cuchillo que me pertenecía… ¿Quién puede saber lo que hará a continuación?

—Si lo único que pretendía era cerrarle la boca a Aubry no tienes nada que temer de él.

—Quisiera estar seguro de que eso era todo lo que pretendía. He recibido una extraña llamada telefónica, Sandy.

—¿Otra?

Por el auricular, Hamilton pareció incluso hablar en voz baja.

—No entendí una palabra —trató de explicar—. Era un murmullo muy extraño… y un par de veces pronunció mi nombre.

—Bueno, *¿y* qué?

—Era la voz…, su modo de hablar, como si le faltara el aire, como…, como si estuviera muriéndose o algo así.

Reid suspiró.

—No pierdas los nervios o acabarás viendo fantasmas. Te llamaré a mi regreso.

Colgó antes que Hamilton pudiera seguir exponiendo sus temores. Había hecho la llamada desde el aeropuerto. Por los altavoces anunciaban la salida del vuelo a Washington y hubo de correr para alcanzarlo a tiempo.

El gran pájaro de acero remontó el vuelo. Reid se recostó en el asiento y en un instante quedó dormido.

Ni siquiera dormido, perdía su rostro la expresión sombría que le era habitual.

Las azafatas no podían evitar mirarlo cada vez que pasaban junto a su asiento. Se desprendía algo insólito de la casi brutalidad de sus facciones. Algo inquietante, como la emanación del mal que atraía e inquietaba a un tiempo.

Alguien dijo una vez, hacía muchos años, que ésa era su fuerza y su atractivo con las mujeres. Una suerte de fascinación diabólica que las enloquecía y atraía con el poder del vértigo.

De cualquier modo, cuando se durmió no pensaba en las azafatas, ni siquiera en las mujeres en general, y mucho menos en una en particular.

Estaba pensando en un hombre precisamente. Su último pensamiento antes de sumergirse en la nada fue para un individuo cuyo nombre jamás había aparecido en los periódicos y no era probable que apareciera nunca. No obstante, encerraba en sus manos un poder de vida y muerte y muy pocos lo sabían.

El individuo en cuestión respondía al nombre de Edgerton, aunque nadie sabía si ése era realmente su nombre. Solía disponer de varias oficinas, aparentemente dedicadas a negocios de exportación.

Lo que en verdad exportaba nunca había pasado por las aduanas ni pagado licencia alguna.

A ese hombre fue a quien llamó por teléfono Reid en cuanto abandonó el avión en el aeropuerto de la capital.

Discó un número que no constaba en ninguna guía, y de ese teléfono le pasaron a otro por el que dijo su nombre y sus deseos.

Una hora más tarde, Edgerton entraba en el lujoso Palladium de la Avenida Potomack…

Era un hombre que había dejado muy atrás los cincuenta años, aunque era aún alto y recio, y conservaba una apariencia fuerte y ágil como en sus mejores tiempos. Su rostro aristocrático podía

adoptar tantas expresiones como colores un camaleón.

Cuando tendió su mano hacia Reid su cara mostraba una sincera satisfacción.

—Me ha llenado de alegría recibir su recado, Sandy —dijo con voz firme.

Reid ignoró la mano que se le tenía y sus ojos helados dieron la impresión de querer atravesar a su interlocutor.

Al fin, Edgerton retiró la mano sin turbación alguna.

—Viejos rencores todavía —comentó, sentándose frente al sombrío Reid—. ¿De qué sé trata?

—Quiero un par de datos.

—¿Y ha venido desde Los Ángeles sólo para eso?

—Así es.

—¿No recibe su paga de retiro todos los meses?

—Supongo que sí. No tengo ninguna queja por ese lado. Cobro más dinero del que puedo gastar. Una generosa jubilación… anticipada.

—Ya sabe cómo son esas cosas. ¿Qué es lo que yo puedo hacer por usted?

—Empecemos por orden. ¿Le recuerda algo el nombre de Aubry?

—¡Ya lo creo! Un demonio al que nunca pudimos cazar.

—Ya lo han cazado.

—¿Qué?

—Le cortaron el cuello, la otra noche.

—¿A Aubry, está seguro?

—Fui a ver el cadáver. Era él sin duda. Incluso vi la cicatriz en su espalda. La cicatriz que yo mismo le tatué con una bayoneta, la única vez en que ha estado a punto de caer en nuestras manos.

—Vaya si es una buena noticia. Pero no creo que haya venido hasta aquí solo para facilitármela.

—Por supuesto que no. Aubry era un espía doble, o triple, una pieza clave en todos los asuntos importantes que se manejaron durante los últimos años. ¿Qué fue lo último que supieron de él, después que yo fui «voluntariamente» retirado de la circulación?

—No sé…, habría que consultar los archivos…

—No me salga con evasivas —le atajó Reid de mal talante, añadiendo—: Usted jamás necesitó archivos. Su cabeza funciona

como una máquina… Y su corazón también, dicho sea de paso.

—Usted nunca olvida, ¿no es cierto, Reid?

—No, mientras viva.

—Lo lamento… Sinceramente, desearía que viviera usted el resto de su vida feliz y en paz, pero no creo que lo consiga mientras siga lleno de odio.

—Usted sabe bien quién me hizo como soy, quién me convirtió en una máquina de matar, programada de antemano, eficaz como el demonio. Lo malo fue que no pudieron programarme para cuando ya no sirviera para todas esas porquerías que ustedes acostumbran llevar a cabo a lo largo y ancho del mundo… Volvamos a nuestro asunto, ¿le parece?

—Le repito que habré de consultar nuestros archivos, e incluso así no es seguro que tengamos nada reciente sobre Aubry. Siempre fue escurridizo como una serpiente, ya lo sabe usted.

Reid se echó atrás en la butaca y con una seña llamó al mozo. Pidió otra bebida para él y un *whisky* para el que en otro tiempo fuera su jefe.

Luego, dijo con calma:

—No necesito dinero, eso ya lo sabe usted… Pero estuve haciendo algunas averiguaciones y podría ganar casi un millón de dólares escribiendo mis memorias. El libro se vendería en todo el mundo, naturalmente. Habría infinidad de países que se alegrarían de saber ciertas cosas que les atañen…

—Cuidado, Reid. Usted prestó un juramento de discreción y lealtad, que le ata de por vida.

—Bueno, hoy en día la gente ya no se escandaliza si alguien rompe sus juramentos de vez en cuando.

Los ojos de Edgerton chispearon.

—Puede convertirse en un juego muy peligroso, ya sabe.

Reid se encogió de hombros.

—Tal vez. Deben haber entrenado gente nueva, supongo.

—Nunca he admitido presiones de ninguna clase.

—Entonces, ésta será la primera vez. Quiero esos datos, «señor». Y los quiero ahora. Todo lo que exista de reciente sobre Aubry. Digamos, desde que yo me retiré.

Edgerton rechinó los dientes.

—Si no le facilito lo que quiere, escribirá usted su libro. ¿Es eso

lo que pretende decirme?

—Ni más ni menos.

—Ya entiendo. Está pisando un cristal muy delgado, Reid.

—No es la primera vez.

El camarero acudió con las bebidas y luego volvió a alejarse.

Sandy bebió unos sorbos despacio, con sus ojos de serpiente fijos en el hombre de cabellos canos cuya mente bullía de actividad.

—¿Por qué, Reid? —le espetó Edgerton de pronto.

—No lo sé.

—¿Qué es lo que no sabe?

—Lo que Aubry significaba en un asunto que tengo entre manos.

—Me dijeron que había cerrado su agencia de información. Creí que se había retirado «absolutamente».

Sandy apuró el resto de su copa y encendió un cigarrillo.

—Me establecí como detective privado porque el oficio que aprendí en sus escuelas, señor, no podía servirme fuera de su círculo. Lo de detective me pareció una buena idea. Me equivoqué. No era lo mismo. En realidad, nada es lo mismo cuando uno deja atrás lo que yo dejé.

—Claro…

—Pero conservo mi licencia. He aceptado un trabajo y Aubry apareció accidentalmente en él.

—¿Con ese nombre, Aubry?

—Así se presentó al último hombre que oyó su voz a través de un micro.

—¿Si yo le facilito lo que pide, olvidará sus memorias?

—No las olvidaré. Eso no hay ningún poder en la tierra que pueda conseguirlo. Pero no las escribiré.

—Bien, de acuerdo, usted gana esta vez. Pero, por supuesto, con una condición.

—Me permito recordarle que tal como están las cosas no puede usted imponerme condiciones, señor. Eso pasó a la historia.

—Ésta le será fácil. Sólo se trata de que me comunique todo lo que saque en limpio de este asunto y que haga referencia a Aubry.

—Ya veo…

—Incluso así, Reid, corro un gran riesgo con usted. Demostró que ya no estaba en condiciones de hacer ese trabajo. Por esta razón fue apartado del servicio. Si sus nervios le fallan, o si comete la

menor equivocación puede involucrarnos a nosotros…, y eso significaría en cierto modo una pequeña catástrofe. Especialmente en estos tiempos.

—No se queje, de momento, todo el mundo pierde el tiempo despellejando a los de la CIA. Eso no le hace ningún daño a usted. Pero espero no cometer equivocaciones.

—Ojalá sea así.

—¿Volvemos a Aubry, señor?

Edgerton suspiró, echándose atrás en la confortable butaca.

A su en tomo, el rumoreo discreto de las conversaciones del lujoso salón semejaba una colmena bien orquestada. No en vano era uno de los lugares más selectos de Washington…

—Hace como siete meses —dijo de pronto—, interceptamos un mensaje firmado por Aubry, dirigido a Los Ángeles.

—¿Y…?

—Montamos una estrecha vigilancia alrededor del hombre a quien iba dirigido. No sirvió de nada. Aubry no se presentó, a pesar de anunciar su llegada en ese mensaje cifrado.

—¿Y el tipo?

—Tenía una *pizzería* y un salón de billares. Fue relativamente fácil mantenerlo controlado las veinticuatro horas del día, sólo que no nos sirvió de nada.

—¿Fue sometido a interrogatorio?

—No.

—¡Ésta es buena! ¿Por qué no, si comprobaron que estaba en conexión con Aubry?

—Ya dije antes que ha perdido usted facultades, Reid. Si le hubiésemos echado el guante, Aubry lo hubiera sabido. Nunca más lo habría utilizado. De este modo, nos cabía la esperanza de que en otra ocasión se sirviera de él. No atacando, manteníamos en secreto el canal por el que nos llegó su mensaje.

—Ya veo… Han perdido facultades sin duda.

—¿Por qué diablos dice eso?

—Porque en mis tiempos, yo, o cualquier otro de la vieja escuela, habríamos obtenido todo lo que ese individuo pudiera saber. Se lo habríamos sacado de tal modo que al final nos hubiéramos visto obligados a mandarle callar.

—Algunas cosas han cambiado, usted sabe —masculló Edgerton

con nostalgia—. Todo este escándalo de la CIA ha encrespado los ánimos. Afortunadamente, nuestro Departamento sigue siendo un secreto más allá de un reducidísimo número de miembros del Gobierno, pero incluso así hemos debido moderar nuestros actuales métodos de trabajo.

—Ya veo. ¿Sabe una cosa, señor? Comienzo a pensar que no perdí gran cosa al quedar cesante…

—Le facilitaré la dirección del enlace de Aubry, y me temo que eso será todo lo que pueda hacer por usted en este asunto, Reid.

—Puede hacer algo más aún…

—No lo creo, si está relacionado con Aubry.

—Busque en esos ficheros de que antes alardeaba hasta encontrar un tipo que sea un artista del cuchillo. Un típico «cuchillero» del «otro bando»… o del nuestro.

—Oiga, Reid, está yendo demasiado lejos en sus sospechas.

—Tienen ustedes historiales completos de los mejores especialistas del mundo en cada rama —prosiguió Sandy sin inmutarse—. Si hay alguno que parezca interesante, dígamelo, o si se sabe de él que está en nuestro país… No necesito decirle qué es lo que realmente quiero al respecto.

Edgerton le miró con el ceño fruncido. Ahora, su rostro había vuelto a endurecerse de mala manera.

—Reid —masculló al fin—, sospecho que pretende desenterrar los viejos métodos y eso podría ponernos a todos en el disparadero.

—Tendré cuidado.

—Está bien, pero no me pida nada más, ¿entendido? ¡Nada más, ni siquiera el número de mis zapatos!

—Sé perfectamente el número que calza, señor…

Edgerton se levantó, rígido. Un instante después había desaparecido.

Reid pagó la cuenta y tras dejar pasar un tiempo prudencial abandonó también el espléndido local.

De algún modo, el pasado que había creído enterrado para siempre revivía de nuevo con fuerza arrolladora…, tan arrolladora como los viejos métodos de destrucción y muerte que le enseñaron a utilizar en ese pasado.

CAPÍTULO VI

El teniente Price llamó a la puerta y esperó.

No tenía la esperanza de sorprender *a* la rubia con su precario atuendo de las horas de sol, a menos que también fuera aficionada a tomar baños de luz de luna, sin embargo, una especie de vivo cosquilleo culebreaba por sus miembros mientras esperaba que ella acudiera a la puerta.

Connie llevaba una especie de tenue mosquitera cubriéndola de los hombros a los pies. Era tan delgada como un girón de niebla y con la luz del vestíbulo encendida su cuerpo se delineaba al detalle bajo aquella nube azul.

—Hola —exclamó la muchacha—. ¿A quién busca esta vez, a Sandy o a mí?

—Reid.

—No está aquí. Pero entre…, estaremos solos, aunque me pregunto si debe inquietarme o no la solitaria compañía de un hombre que por encima de cualquier cosa es polizonte…

Cerró la puerta y Price miró en torno.

—¿Es que vive usted aquí? —Gruñó.

—Tanto da un sitio como otro.

—¿No tiene casa propia?

—Seguro que la tengo. Es la que hay al otro lado de la calle, colgada en ese talud de todos los diablos.

—¿Qué me dice de Reid?

—Se esfumó. No he vuelto a verle desde que salió por la mañana.

—¿No le ha hablado por teléfono al menos?

—Ni una palabra.

—Ya veo…

—Oiga, teniente. ¿Qué diablos está pasando con Sandy?

—Con él personalmente, no lo sé. De momento necesito hacerle un par de preguntas.

—Ustedes siempre empiezan así. «Un par de preguntas». Luego, cuando uno se descuida está metido entre rejas. Sólo que tengo la corazonada que con él se estrellará usted. Bueno, no se quede ahí… ¿Quiere beber algo?

—Si supiera que Reid va a regresar esta noche le esperaría…

Ella rió burlonamente.

—No necesita excusas para ofrecerme su compañía. Vamos, le serviré un trago.

Mientras subían las retorcidas escaleras, de nuevo Price notó cómo se secaba su garganta ante el insinuante panorama que ella Je ofrecía.

Una vez arriba, en tanto la muchacha preparaba las bebidas, le espetó:

—Oiga, Connie… ¿Usted no se viste nunca como las demás mujeres?

—Mientras puedo evitarlo, no. ¿Qué le pasa, es un puritano de la vieja escuela, o un miembro de alguna sociedad de buenas costumbres o algo así?

—¡Cuernos, no! Pero usted me pone nervioso.

—Eso es bueno. Cuando deje de poner nerviosos a los hombres me enclaustraré en un asilo de ancianos. Tenga, es el mejor *whisky* que haya usted probado en su vida.

Price saboreó la generosa dosis de «Chivas» y suspiró.

—No me cabe duda que Reid sabe vivir… Todo de lo mejor…

—Desde el *whisky* a las mujeres —rió ella—. ¿No es eso lo que iba a decir?

—Poco más o menos. ¿Cómo se las arregla, lo sabe usted?

—Nunca me preocupo de cómo ganan los hombres el dinero.

—¿Ni siquiera en el caso de Reid? Usted sabe que cerró la agencia hace meses. No obstante, parece nadar en dinero.

—El dice que disfruta de una renta. O un retiro, o al diablo con lo que sea si me apura. No quiero saberlo.

—¿Y usted, también tiene una renta?

Riéndose, la muchacha giró vertiginosamente sobre las puntas de sus pies.

—¿De veras cree que necesito una renta para vivir, teniente?

Price tragó saliva.

—Se sabe todas las respuestas, hermana. Me rindo. Bebamos.

Apuró su ración de *whisky*, suspiró y encendió un cigarrillo.

La muchacha fue a sentarse a su lado, con la vaporosa mosquitera revoloteando en torno a su cuerpo. Y de pronto dijo:

—Soy creadora de modas. Diseño modelos para varias firmas especializadas y me pagan lo suficiente para que no deba preocuparme de los ingresos de los hombres con quienes salgo. ¿Satisface eso su curiosidad?

—Por completo.

Connie guardó silencio después de esto. Encendió un cigarrillo y pareció concentrarse en saborearlo a placer, mientras el teniente daba muestras de sentirse menos seguro de sí mismo a cada instante.

Al cabo de un tiempo se levantó, dando unos pasos titubeantes por el estudio.

—Estaba pensando… —murmuró.

—¿Sí?

—Era sólo una idea, claro.

—¿Una idea?

Simplemente eso, una idea.

—Bueno. Los polizontes siempre tienen ideas. Es su trabajo, supongo.

—Ésa no tenía nada que ver con mi trabajo, palabra…

—Me intriga —sonrió Connie.

El dio unos pasos más, de aquí para allá. Cuando llegó frente al enorme ventanal se detuvo, volviéndose, y empezó a decir:

—Pensaba que sería una gran cosa que usted…

Nunca terminó. Se oyó un seco estallido y el cristal saltó a sus espaldas, y algo entró zumbando y el absurdo globo de la luz explotó en mil pedazos, y para entonces el policía saltaba hacia adelante a una velocidad asombrosa.

Connie barbotó:

—¿Qué fue eso?

—¡Un disparo! No se mueva…

Había empuñado su revólver de reglamento y corrió como un gamo hacia la salida.

Connie pensó gritarle una advertencia respecto a las escaleras, pero antes que pudiera hacerlo sonó un tremendo estrépito, y la voz del teniente aullando como un piel roja, y luego un sonoro batacazo, y después silencio.

Connie corrió al rellano.

—¿Está usted bien, teniente? —gritó.

—¡Pregúntemelo más tarde!

Cojeando, Price corrió hacia la puerta y la abrió.

Un estampido le saludó desde la oscuridad y la bala esta vez le alborotó los cabellos.

—¡Maldito…!

Dio un brinco, zambulléndose en las tinieblas. Olvidó que su cuerpo ya había soportado otro tremendo batacazo y esta vez casi se quedó sin aliento.

Reptó en la oscuridad, escuchando con todos sus sentidos alerta. Creyó oír un rumor de pies entre los descuidados arbustos, de modo que levantó el revólver y tiró del gatillo.

El 45 automático retumbó como un cañonazo en el silencio.

Esperó oír un grito, o una carrera, pero tras el formidable estampido todo fue silencio.

Dolorido, maldiciendo entre dientes, Price se levantó.

Cerca de la verja llameó un arma y una vez más la muerte le rozó cuando se tiraba de bruces.

Ese nuevo golpe no le benefició precisamente, así que su humor descendió hasta el punto de congelación. Ahora se movió con extremada cautela, pegado al suelo, el oído y el revólver atentos a la menor oportunidad.

Aún zumbó otra bala en la negrura de la noche, buscándole, pero no se detuvo. Bordeó un arriate de rosales cuyas ramas le tatuaron la mejilla ferozmente.

Rechinó los dientes.

Entonces hubo un fugaz movimiento en la verja y Price demostró que los adiestramientos de tiro a que se dedicaba con asiduidad no habían sido en vano. Envió una rociada de balas hacia la salida, mientras la noche se llenaba con el tronar de su enorme automática, y alguien lanzaba un grito, y en el mismo instante Connie chillaba desde la casa:

—¿Está usted bien, teniente?

—¡Métase dentro, estúpida!

Un auto rugió allá fuera. El echó a correr renqueando y jurando en voz alta.

Cuando pudo llegar a la acera aún vio las luces rojas del coche perderse en la distancia, cuesta abajo.

Supo que jamás lograría alcanzarle y retrocedió. Notaba la sangre deslizarse por su cara, resultado de los arañazos del rosal. La pierna le dolía como el infierno y sentía todo el cuerpo igual que si acabaran de pasarle por una máquina de trinchar carne…

De cualquier modo, tuvo el consuelo de hallar los brazos cálidos de la muchacha que casi le abrazaron al entrar.

—¡Dios, creí que le mataban! —jadeó Connie, sosteniéndole.

Entonces vio la sangre en su cara y emitió un grito.

—¡Está herido!

—No me avergüence… —Fue solo un rosal quien me hirió…

—Venga… le pondré un desinfectante. ¿Está seguro que no tiene más herida que ésa?

—Tengo el cuerpo hecho migas, pero eso no puede curarlo usted. Lo que lamento es que el bastardo hijo de perra lograra escapar. Y disculpe mi lenguaje, pero no tratan de matarle a uno todos los días.

Hubieron de subir la mortífera escalera una vez más para llegar al cuarto de baño y al botiquín de emergencia.

Mientras Connie trabajaba en su mejilla, Price gruñó:

—El tipo era un profesional, aunque cometiera un error…

—¿Qué error?

—No podía estar ahí abajo para liquidarme a mí. Dudo que supiera mi existencia siquiera… Vino a por Reid sin ninguna duda. Cuando vio mi silueta en el ventanal disparó creyendo que lo hacía contra el propietario de la casa… ¡Condenación! No era un cualquiera… No perdió la serenidad en ningún momento, no huyó después de su disparo fallido, sino que aguardó agazapado y entabló combate sin retroceder hasta que logré herirle…

—¿Está seguro que le dio por lo menos?

—Le oí gritar de dolor. Un instante después emprendió la huida. Por regla general, los pistoleros no actúan de ese modo.

Ella se estremeció.

—¿Cree realmente que trataban de matar a Sandy?

—No me cabe duda… ¡Eh! ¿Qué diablos está haciendo con mi cara?

—No se queje… estoy manoseándole, ¿no?

—Está haciendo algo más… Le aseguro que después del trastazo, usted es lo único que me faltaba. ¿Cree que los policías somos de madera?

—Nunca se me ocurrió comprobarlo… ¡Ajá! Está usted irresistible ahora.

El se tocó la mejilla. Tanteó el apósito adhesivo y suspiró.

—Debería llamar a la policía —masculló—, pero teniendo en cuenta que yo soy policía y que no tendría nada que decir a los que vinieran, lo olvidaré de momento. ¿Tiene un poco de ese *whisky* de importación, muchacha?

—Claro…

—Lo que me sorprende es que ningún vecino haya dado la alarma, a pesar del estruendo.

—Los vecinos más próximos están a media milla. Éste es un distrito que algún día será residencial, ¿sabe? De momento es un desierto pagado a precio de oro…

Le llevó el *whisky* y él lo paladeó sin apartar la mirada del hermoso y descarado rostro de la muchacha.

Ella dijo:

—Estaba usted diciéndome algo cuando han disparado, teniente… ¿Lo recuerda?

—Creo que debería olvidarlo.

—¿Por qué?

—Pensaba pedirle que cenara conmigo mañana por la noche.

—Me gustaría.

El casi se ahogó.

—¿Lo dice de veras?

—Seguro… Será una sensación excitante saberse protegida por un polizonte. Aunque, pensándolo bien, no me gustaría ser demasiado protegida después de todo.

—Entonces, ¿mañana?

—De acuerdo.

—¿No teme lo que Reid pueda opinar?

¿Sandy? Caray, no soy de su exclusiva propiedad y él lo sabe.

Price pensó que nunca acabaría de entender plenamente a esta

asombrosa clase de gentes. Gentes como Connie, como Sandy Reid, dispuestas a sacarle a la vida cuanto ésta pudiera ofrecerles, demostrando un olímpico desprecio hacia las opiniones que su manera de vivir pudieran provocar en los demás.

—He de irme —murmuró de pronto—. Pero me resisto a dejarte sola aquí, después de lo sucedido.

—Bueno, me iré a casa. Prefiero no estar aquí si ese individuo trata de volver a intentarlo, aunque alguien debería prevenir a Sandy cuanto antes.

—Seguro, pero la dificultad estriba en que no sabemos dónde está, ni cuándo piensa regresar. Vamos, te acompañaré.

—Espera que me vista.

Entró en el dormitorio. Price encendió un cigarrillo con dedos que no parecían tan firmes como de costumbre, aunque no supo si eso era debido al tiroteo o a la fascinante perspectiva de la próxima noche con Connie…

CAPÍTULO VII

Hamilton dio un brinco sobre la cama cuando oyó sonar el teléfono en plena pesadilla.

Parpadeó en la oscuridad, mientras el timbre seguía vibrando en el silencio del dormitorio.

A tientas descolgó el auricular y masculló:

—¿Quién llama?

De nuevo oyó aquel espeluznante gorgoteo, aquel jadeo maligno que le estremecía hasta la última fibra del cuerpo. Sintió correrle un sudor frío por todos los poros y barbotó:

—¿Qué clase de…, de broma es ésta?

—¡Randy…!

Ahora lo entendió. Era su nombre, pero pronunciado con una voz gorgoteante, extraña.

Tanteó contorsionándose hasta que pudo encender la luz y sentóse en la cama.

—¡Escuche! —Ladró—. ¡Voy a llamar a la policía si no cesa de molestarme!

—¡Randy, necesito ayuda…!

—¿Qué?

La voz se aclaró un poco.

Era una voz que traía a sus recuerdos cosas de espanto.

—¿Quién…, quién…?

—Marja…

—¡Dios, voy a llamar a la policía!

—Nunca te amé, Randy…, nunca y tú sabes por qué… Nunca te amé…

Se quedó paralizado. Deseaba con todas sus fuerzas colgar el teléfono y huir de semejante pesadilla, de esa burla infernal.

—¡Marja está muerta! —gritó con voz histérica.

Una vez más hubo el extraño gorgoteo ininteligible, aquella atroz angustia hecha voz. Luego, bruscamente, la comunicación quedó cortada.

El pánico le invadió y durante unos largos segundos fue incapaz de hacer movimiento alguno. Cuando pudo colgar el auricular creyó que había transcurrido un siglo desde que lo descolgara.

Miró en torno asegurándose de que estaba despierto y de que no era víctima de otra pesadilla.

Saltando de la cama, dio unos pasos de un lado a otro. El frío de las baldosas en los pies le despejó más de lo que ya estaba.

Se detuvo sobre la alfombra, temblando. Luego, precipitadamente, fue al teléfono y empezó a discar el número de Sandy Reid, hasta que recordó que éste estaba fuera de la ciudad y volvió a dejar tranquilo el aparato, desalentado, lleno de inquietud.

Miró el reloj y vio que eran apenas las cinco de la madrugada. Nada de todo esto tenía sentido. Trataba de convencerse a sí mismo de que era un intento de chantaje, de alguien que creía poder presionarle de algún modo idiota, lo mismo que aquel Aubry que habían asesinado delante de su puerta…

¿Un socio de Aubry quizá?

Eso era, sin duda.

Descolgó el teléfono y llamó a la policía.

* * *

El teniente Price mostraba una cara de sueño fenomenal cuando se dejó caer sentado en una butaca.

—Repita eso, señor Hamilton —gruñó, casi cerrándosele los ojos.

—Se lo he dicho palabra por palabra. Alguien pretende volverme loco.

Pero lo contó una vez más. Todo, incluso las palabras que oyera.

—Es un truco, aunque maldito si se me ocurre el fin que persiguen con semejante cuento. Todo ese lío de la voz gorgoteante no es más que para fingir que se trata de una mujer.

—¡Pero es que realmente es una voz de mujer! Distorsionada si quiere, pero…

—Usted debe conocer la voz de su difunta esposa, señor

Hamilton. Debió hablarle por teléfono más de una vez.

—Sí, claro…

—¿Le parece que la reconocería si la oyera de nuevo?

—Con toda seguridad, sí.

—Ajá. ¿La reconoció en esas llamadas?

—No con seguridad… Ya le dije que sonaba extraña, distorsionada de un modo incomprensible…

—Lo hacen así precisamente porque son incapaces de imitarla lo bastante como para engañarle a usted. De cualquier modo, me intriga todo ese juego.

Hamilton vaciló. No sabía si decir lo que estaba acuciándole o no. Al fin se decidió.

—Mire… Le repito que era una voz extraña… pero en cierto modo me recordó la de mi esposa…, sobre todo cuando dijo que necesitaba ayuda.

—Sí, bueno…

—Usted no me cree.

—No creo que nadie pueda fingir esa voz tan bien como para engañar a alguien que esté habituado a oírla. Veré qué puedo hacer… Tal vez una derivación de su línea telefónica, aunque eso resulta difícil en estos tiempos.

—Pero si yo lo autorizo…

—Incluso así. Han habido demasiados escándalos últimamente por ese motivo. De todos modos, lo intentaré.

Hamilton no se tranquilizó poco ni mucho.

—¿Qué han conseguido hasta ahora sobre el crimen, saben ya quién era el muerto?

—Aún no. Estamos esperando los informes de Washington. Pedí informes al FBI, quizá ellos lo tuvieran fichado por alguna razón.

—¿Y eso es todo?

—Estamos trabajando en el caso, señor Hamilton. Debe reconocer que no teníamos mucho para empezar, excepto el cadáver.

—Incluso así…

Disgustado, Price le espetó:

—¿Cree usted que Reid ha conseguido mejores resultados que nosotros acaso?

Hamilton suspiró.

—Ni siquiera sé dónde está —confesó—. Dijo que se iba de viaje y que posiblemente estaría ausente dos o tres días. Eso es todo lo que he obtenido de él.

—De modo que salió de viaje… ¿Le dijo adónde?

—No mencionó nada de eso. Y le juro que me gustaría saberlo, aunque sólo fuera para estar seguro que sigue trabajando para mí.

Price estaba de un humor de perros, en buena parte debido a que aún le dolía todo el cuerpo.

—No dejó de sorprenderme que recurriera usted a su ex rival en el amor de su mujer, señor Hamilton. Se me antojó un juego muy arriesgado por su parte porque se expone a perder su dinero a cambio de nada.

—Reid no es de esa clase.

—¿De qué clase?

—El sabe que la iniciativa partió de Marja. Fue una de esas cosas que ocurren.

—Cuénteme.

—¿Para qué? Eso no tiene nada que ver con el crimen.

—Yo no estoy tan seguro. Recuerde que ese tal Aubry quería hablarle precisamente de la muerte de su esposa.

Hamilton vaciló. Sentía la boca seca, y no lo arregló al encender un cigarrillo.

—Reid la trajo de algún lugar de Europa —dijo a regañadientes—. Como usted sabe, yo pertenecía al cuerpo diplomático y me pidió ayuda para legalizar su entrada al país como refugiada política. Había huido como tantas otras… Bueno, así fue como la conocí.

—¿Y ella se enamoró de usted?

—Sí.

—A pesar de que debía estarle agradecida a Reid…

—No creo que el agradecimiento sea motivo suficiente para casarse.

—No obstante, esa voz que fingía ser la de su esposa, le ha dicho que ella nunca le amó.

—¡Eso es ridículo!

—De acuerdo, pero lo ha dicho.

—Bueno, sí.

—¿Pidió usted el cese en su carrera diplomática al casarse con

ella?

—Poco después de la boda, ciertamente. Comprendí que no les gustaba que un diplomático estuviera casado con una mujer extranjera, huida de un país con el que tal vez algún día necesitara entrar en contacto. Preferí dejarlo. No lo necesitaba para vivir, de modo que no hubo ningún problema.

—Ya veo. ¿Conoce usted bien a Reid, señor Hamilton?

—Todo lo bien que puede conocerse a ese tipo. Ha viajado constantemente durante años. Coincidimos en distintas partes del mundo en recepciones de las embajadas y cosas así.

—¿Qué trabajo era el suyo?

—Creo que andaba a la caza de patentes. Una especie de agente de los grandes consorcios financieros o algo así. Nunca lo supe con certeza.

Price decidió dar un paso más.

—Hemos realizado una somera investigación en torno a Reid, una de esas encuestas de rutina. Es sorprendente lo poco que hemos logrado averiguar sobre su pasado. Durante años es como si no hubiera existido…

—Eso es imposible.

—Eso mismo pensé yo. Es algo verdaderamente intrigante. Como si no hubiera tenido ningún pasado. Lo mismo que el tal Aubry.

Hamilton parpadeó. Necesitó Unos segundos para captar la intención oculta del teniente.

—¿Está tratando de decirme que había algún nexo de unión entre ellos dos? —balbuceó.

—No he dicho nada de eso.

—Es imposible, teniente. Sandy no puede estar mezclado en una cosa así…

Price no dijo nada. Sólo le miró especulativamente.

Desamparado, Hamilton pareció hundirse todavía más en la butaca en que estaba sentado.

El policía se levantó con gesto cansado.

—Le informaré de lo que decida respecto a su teléfono. Si recibe otras llamadas antes, avíseme inmediatamente.

—De antemano tiene usted mi autorización para intervenir la línea, teniente. Estoy dispuesto a firmar cualquier documento en

este sentido, si con ello ayudo a terminar con esta absurda pesadilla.

—Gracias, señor Hamilton.

Price se fue, renqueando, dejando a Hamilton sumido en dudas e incertidumbres.

Si por lo menos Sandy Reid estuviera al alcance de la mano…

CAPÍTULO VIII

Al entrar en su estudio, Sandy contempló intrigado el destrozado ventanal, viendo los cristales desparramados por el suelo. Las cortinas oscilaban a impulsos de la brisa.

Luego, descubrió la lámpara del techo rota y dio un respingo al comprender.

No tardó en descubrir la gran desconchadura del artesonado, allí donde alguien había extraído una bala, seguramente la que rompiera los cristales y el globo de la lámpara.

Descolgó el teléfono y disco el número de Connie.

La muchacha tardó varios segundos en acudir. El apenas si esbozó un saludo, y le espetó:

—¿Qué clase de fiesta celebraste en mi estudio, chica rubia?

—¡Sandy!

—Ajá. Acabo de llegar y he visto los destrozos. ¿Qué pasó, alguien te disparó desde el jardín cuando te asomaste con tu desvergonzado atuendo de costumbre?

—¡Fue algo terrible, Sandy, querido! Dispararon contra ti, querían matarte y…

—¡Espera un minuto! ¿Qué te pasa, perdiste la chaveta? Yo ni siquiera estaba en casa, ¿recuerdas? Mal podían dispararme en estas condiciones.

—No entiendes… Dispararon contra el teniente Price… Estaba, allí, ¿sabes? Sólo que le confundieron contigo. Era de noche y el criminal estaba en el jardín…

Según el teniente, vio la silueta y creyó que eras tú.

—Ya veo. ¿Puedes decirme qué diablos estaba haciendo ese polizonte en mi estudio y en tu compañía?

—Me invitó a cenar hoy a la noche.

—¿Qué?

—A cenar. ¿Es que estás sordo?

—Nunca pensé que Price… ¿Aceptaste?

—¡Claro que acepté! Yo no tenía idea de cuándo ibas a regresar.

—No te reprocho nada. Yo también ignoraba cuándo estaría de vuelta exactamente. Sólo que temo por tu integridad, linda. Price es un reprimido, a mi entender.

—Te aseguro que dejará de serlo… ¡Oh, maldita sea! ¿Ni siquiera me reprochas que salga con él esta noche?

—¿Quién soy yo para hacerte reproches? Deseo que te diviertas. Oye, ¿qué pasó con el tipo que disparó?

—¿Por qué no se lo preguntas al teniente? —replicó la muchacha, de mal talante.

—Porque él me haría preguntas a mí y no estoy en situación de responderlas. ¿Qué pasó?

—El teniente dijo que se trataba de un verdadero profesional. Estuvo esperando en el jardín y entabló un tiroteo con Price y…

—¡No necesito los detalles! Sólo dime si Price lo cazó o no.

—Logró herirle, pero huyó.

—Entiendo.

—¿Puedes decirme en qué lío te has metido, querido?

—A mí también me gustaría saberlo. Gracias por todo, chica rubia. Te llamaré un día de éstos.

—¡Oye…!

Colgó, preocupado.

De modo que había alguien que quería matarle. Lo habían intentado otras veces, de modo que la cosa no se le antojó tan grave. Pero había otras razones para inquietarse, y no era la menor de ellas el hecho de que alguien hubiera decidido una vez más que debía morir…, a causa del trabajo que llevaba entre manos.

Un trabajo del que aún lo ignoraba todo, excepto que un agente internacional conocido por Aubry se había hecho matar del modo más estúpido del mundo.

Se sirvió las últimas gotas de *whisky* que quedaban en la botella. Vagamente pensó en Price y la muchacha vaciándola y sonrió para sí. Ya que el teniente había estado a punto de morir en su lugar, lo menos que podía permitírsele era beberse su *whisky*.

Cuando se levantó, entró en su dormitorio. Empotrada bajo un

hermoso cuadro había una sólida caja acorazada. La abrió y dejando aparte algunos fajos de billetes y documentos, sacó una lustrosa pistola automática de gran calibre y feo aspecto.

Volvió a cerrar la caja y fue a sentarse ante la mesa de trabajo del estudio. Uno a uno introdujo los pesados cartuchos en el cargador, hasta un número de nueve. Luego hizo correr el cierre de modo que uno de los cartuchos se deslizase en la recámara. Sacó otra vez el cargador y metió otra bala en él. Nueve en el cargador y una en la recámara. Diez pesados plomos, cada uno lo bastante grande como para tumbar un elefante.

Cuando abandonó la casa llevaba el confortante peso de la pistola en el costado. Ahora ya sabía qué clase de juego era el que estaba en marcha.

Cuando Randolph Hamilton abrió la puerta y le vio, casi se echó en sus brazos.

—¡Estaba desesperado, Sandy! —exclamó—. A punto de volverme loco…

Cerró la puerta y ambos penetraron hasta la biblioteca.

—¿Qué ocurre que yo no sepa? —indagó Reid.

—El teléfono… Una verdadera pesadilla…

—Por lo visto, todos los disgustos te los obsequian por teléfono. Ya me dijiste algo así cuando me marché. ¿De qué se trata concretamente?

—Lo ignoro. Es una voz aterradora, unos murmullos extraños como de alguien que esté viendo la muerte muy cerca… Y parece la voz de Marja, Sandy.

Reíd le miró como si le creyera loco de remate.

—¿Marja? —Gruñó—. Pero ella está muerta. ¿Cómo puede tratarse de su voz?

—No me lo preguntes… Quisiera que tú pudieras escucharla…

—Amigo, empiezas a perder el control. Si tú sabes tan bien como yo que Marja murió en el accidente, deberías poder enfrentar esta situación desde el ángulo objetivo.

—¡Y lo hago, Sandy! Te juro que lo hago… Me repito una y otra vez que ella murió, que esa voz no puede ser la suya… No obstante, cuando suena por teléfono es como si estuviera oyéndola…

El timbre de la puerta vibró en la gran casa.

—Disculpa…, estoy solo hoy —dijo Hamilton.

Cuando regresó traía un sobre blanco al que daba vueltas entre las manos.

—Un mensajero especial —comentó—. No comprendo de quién puede ser.

—Lo sabrás si lees lo que hay dentro del sobre.

—Sí, claro.

Rasgó la solapa y extrajo una cuartilla de papel doblada por la mitad.

Sandy Reid le vio quedarse lívido mientras una mirada desorbitada aparecía en sus ojos.

—¡Es de ella, Sandy! —jadeó, ahogándose—. ¡Es su letra!

Reid le quitó la carta de un zarpazo. El también conocía la letra de Marja, y le pareció que el escrito no ofrecía dudas.

Leyó el mensaje y se quedó perplejo.

—¿Qué demonios significa esto, Randy?

Hamilton se encogió de hombros.

—Es… un completo delirio —barbotó.

El mensaje sólo decía:

> «No te guardo rencor. Perdóname no haberte amado nunca, pero eso no era razón para hacer lo que hiciste. Tuya,
>
> »*Marja*».

—¡Es su letra! —gimoteó Hamilton—. No puede haber dudas.

—Te sorprenderías de lo que un buen falsificador es capaz de hacer hoy en día. Llevaré este papel a un experto grafólogo de la policía y saldremos de dudas.

—¿Y si resulta que es realmente su letra?

—No puede serlo. No se ha visto nunca que los muertos dediquen su tiempo a escribir mensajes idiotas.

—¡No bromees, Sandy!

—Cálmate. ¿Tienes idea de lo que quiere decir este mensaje?

—En absoluto…

—Aquí te repite lo mismo que el del teléfono…, que nunca te amó… ¿Es eso lo que aseguras que te dijo la voz anónima?

—¡Sí, sí!

—Y que te perdona… ¿Qué diablos tiene que perdonarte?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Por favor, Sandy, tienes que aclarar todo esto o acabaré en un manicomio…

—Estoy haciendo lo que puedo. Y voy a hacerte una pregunta que quiero contestes sin rodeos.

—De acuerdo.

—¿Tuviste relación alguna vez con los servicios de espionaje, mientras estuviste en el cuerpo diplomático?

—¿A qué viene eso?

—¿Sí o no?

—Nunca. Pero ¿por qué me lo preguntas?

Reid suspiró.

—Porque el tal Aubry era un espía doble, o triple. Uno de esos condenados individuos capaces de vender a su madre si alguien les paga lo suficiente.

—¿Estás seguro?

—No hay la menor duda.

Hamilton pareció empequeñecerse dentro de su butaca. Había una mirada azorada en sus ojos inquietos.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso tan…, tan sórdido? —se lamentó.

—No lo sé, aunque Aubry no movía un dedo si no era contando con la seguridad de obtener una fortuna. Y tú eres rico, muchacho.

—¿Chantaje, quieres decir?

—Seguro.

—Pero ¿con qué podía presionarme?

—El mencionó la muerte de Marja.

—¡No empieces otra vez! Por ese lado no…, no podía ejercer ninguna presión.

Reid se levantó, plegando la hoja de papel escrita con la picuda letra de una mujer muerta.

—Te llamaré para decirte lo que el perito decide. ¿Tienes a mano algún escrito de Marja para cotejarlo con éste?

—Sí… Debe haber varias cartas que me escribió durante los tres meses que tardé en solicitar la baja en la carrera.

—Tráelas.

Cuando las tuvo en su poder, las comparó con la cuartilla. La

letra era idéntica.

Hamilton dejó escapar un largo suspiro.

—Ahora estoy seguro —murmuró—, es su letra.

—Espera el dictamen del perito, ¿sí? Te llamaré para informarte del resultado. Y tranquilízate, maldita sea.

Al quedar solo, Hamilton se dejó caer sentado al otro lado de la mesa y con un sordo quejido se cubrió el rostro con las manos.

Se quedó así, los codos apoyados sobre la mesa, tan inmóvil como si de pronto se hubiera convertido en estatua.

Capítulo IX

Habían cenado sin apenas cambiar una palabra, aunque por alguna extraña razón parecía haberse establecido una corriente de intimidad entre los dos.

De pronto, Price murmuró:

—Temo que estés aburriéndote, Connie. No soy una compañía muy divertida.

—He querido cenar con un polizonte, no con un payaso. Eres encantador, teniente.

—No bromees.

—¿Sabes cómo te describió Sandy, cuando le dije que iba a cenar contigo?

—Dímelo.

—Dijo que eras un reprimido.

Price enrojeció.

—Ese maldito embrollón… ¿Cuándo fue eso?

—Hoy. Me llamó por teléfono cuando descubrió los cristales rotos.

—De modo que ha regresado…

—Tú eres distinto, George.

—¿En qué sentido, en lo de reprimido?

—Oh, eso. No se lo tomes en cuenta. No, en tu manera de ser, en la manera que tienes de tratarme, en tus atenciones… Reid jamás las habría tenido con una mujer.

—¿Es que resulta una especie de salvaje cuando está contigo?

—Tiene mucho de salvaje, ciertamente —murmuró la muchacha, súbitamente pensativa—. ¿Sabes una cosa, teniente? Con Sandy sucede que cuanto más tiempo se está a su lado, menos se le conoce. Es como si en todo instante mantuviera una barrera de

reserva a su alrededor, algo que le protegiera de sus semejantes aislándole y manteniéndole en el más absoluto misterio.

Price apenas entendía nada. En realidad, le importaba un comino lo que ella estaba diciendo, pero le subyugaba la cálida tonalidad de su voz, su manera de expresarse y de mirarle al hablar…

Estaba tan hechizado que el tenue zumbido no significó nada para él hasta que Connie exclamó:

—¿Qué diantre es eso que suena en tu bolsillo, George?

El teniente dio un respingo en la silla y precipitadamente se llevó la mano al bolsillo superior de la chaqueta.

El zumbido cesó.

—Un avisador —rezongó—. Discúlpame, he de llamar por teléfono a mi oficina.

Ella hizo un mohín de disgusto.

—Creí que esta noche no estabas de servicio…

—Y no lo estoy, pero debe haber sucedido algo grave para que me avisen sabiendo que es mi noche libre. Volveré en unos minutos.

Se alejó entre las mesas. Connie encendió un cigarrillo sintiéndose vagamente disgustada.

Era cierto que le gustaban las atenciones de Price, su caballerosidad y sus atenciones. Sin embargo, ya estaba arrepentida de haber aceptado su invitación porque nada era como ella había imaginado.

Cuando Price regresó mostraba un rostro ceñudo y preocupado.

No tomó asiento. Se quedó de pie, buscando la manera de decir lo que le preocupaba sin parecer excesivamente descortés.

—Lo siento, Connie —empezó.

—No pudiste dejar de ser policía —comentó ella anticipándose a lo que iba a seguir—. No te preocupes, soy una chica muy comprensiva.

—Se trata realmente de algo muy grave…

—Lo comprendo.

El sacudió la cabeza.

—No creo que puedas comprenderlo si no te digo qué ha sucedido.

—No necesitas…

Casi con violencia él estalló:

—¡Pero quiero decírtelo!

—Bien…

—Han asesinado a uno de mis hombres…, un detective de primera clase.

—¡Oh! Discúlpame, George, no pude pensar…

—Se llamaba Westcott y estaba realizando una investigación en torno a Sandy Reid.

Connie sintió un escalofrío.

—No pensarás que Sandy…

Su voz se quebró.

—No, claro que no. Pero alguien lo hizo. He de irme, Connie. Te llevaré a casa y luego…

—Olvídalo. Puedo tomar un taxi. Y no te preocupes por mí. Habrá más noches.

El se emocionó.

—Gracias, Connie. Eres una gran chica.

Sonrió casi con timidez y se fue.

Ella le vio hablar con el camarero para pagar la cuenta y después desapareció de su vista.

Apuró el cigarrillo y al fin abandonó el restaurante y caminó lentamente bajo las estrellas.

Había mentido a Price. No habría más noches como ésta. Nunca más volvería a aceptar una invitación de él ni de nadie parecido.

Pertenecían a otro mundo en el que no quería penetrar de ningún modo. Un mundo en el que ataban con cadenas a los seres como ella y Reid, domesticándoles, convirtiéndoles en pequeñas piezas de la gran máquina del mundo…

Al diablo con todos. Nunca más volvería a dejarse enternecer por un hombre.

Hizo señas a un taxi y se hizo conducir a casa de Sandy.

* * *

El abrió la puerta y exclamó:

—Estaba hablando por teléfono, querida. Ponte cómoda.

Y corrió de nuevo escaleras arriba dejándola plantada en el umbral.

Bien, ése era su mundo.

Se disponía a cerrar la puerta cuando una mano surgió a su

espalda y la atrapó apretándose contra su boca.

Con ojos desorbitados, la muchacha vio aparecer un cuchillo ante sus ojos, una mortal hoja de acero brillante y afilada.

Junto a su oído una voz musitó:

—No se mueva, no grite o tendré que matarla…

Un hombre la empujó. Oyó cómo cerraba la puerta con el pie y luego la guió sin soltarla hacia las escaleras.

Allí se detuvieron de nuevo.

—Voy a soltarla —dijo él en voz baja—. Pero la mataré si alborota. Quiero llegar arriba sin que Reid lo advierta. ¿Entendido? Responda por señas tan sólo.

Ella cabeceó. Pasado el primer instante de pánico, ahora su mente trabajaba analíticamente.

—Eche a andar… Arriba.

Ella empezó a subir peldaño a peldaño la retorcida escalera.

Oía confusamente la voz de Sandy hablando por teléfono en el estudio. En su interior deseaba gritar angustiosamente advirtiéndole, pero no dudaba que el hombre del cuchillo la mataría sin vacilar. Aquella voz fría y letal no ofrecía ninguna duda.

Estaban llegando a la cúspide de la escalera cuando la muchacha dio un traspié, a punto de caer.

El hombre se detuvo tras ella y Connie no vaciló. Disparó la pierna derecha hacia atrás y el aguzado tacón de su zapato le pegó al intruso en mitad de la cara.

Y empezó a caer rodando escaleras abajo, y ella chilló como una loca, y Reid apareció en lo alto alarmado por el estrépito.

—¿Qué diablos…? Creí que te habías desnucado… ¡Eh! ¿Quién es el tipo?

El «tipo» llegó abajo y se estrelló contra el duro suelo. Pareció que toda la casa retemblaba con el impacto.

Connie balbuceó:

—¡Lleva un cuchillo…, quería matarte…!

—¡Cuernos!

Sólo que el asaltante llevaba algo más que un cuchillo.

Sandy le vio retorcerse allá abajo y sacar una pistola con un cañón monstruosamente largo. El atrapó a la muchacha y tiró brutalmente de ella hacia arriba, arrojándola al suelo en medio de un revuelo de muslos, encajes y palabras malsonantes de la furiosa

muchacha.

—¡Quieta donde estás!

Un plomo subió zumbando y arrancó estuco en la pared. No se oyó ninguna explosión.

—Muy considerado —masculló Reid.

Y empuñó su propia automática.

Connie le miró boquiabierta.

—¿De dónde has sacado esta pistola, querido? —balbuceó.

—Si esperas un poco, sacaré conejos del sombrero también… Ahora no levantes la nariz de la alfombra o te la arrancarán de un balazo.

Ella se quedó muy quieta mientras él se agazapaba para atisbar por el hueco de la escalera.

—Eso es lo que me gusta de ti, querido —runruneó con sarcasmo—. Siempre ofreces las emociones más inesperadas…

El gruñó y disparó. El estampido de la automática retumbó como una bomba.

Se oyó un grito y un golpe. Sin embargo, Reid siguió quieto, pegado al suelo.

Tendida sobre la alfombra, la muchacha le observó en aquellos instantes de tensión y sintió un helado escalofrío recorrerla de la nuca a los pies. El no parecía haberse alterado en absoluto. Había algo salvaje en su presencia, como una fiera al acecho y dispuesta a matar sin una vacilación.

De pronto, Reid se levantó y corrió, silencioso como un gato, hacia el estudio. Ella le siguió casi arrastrándose, para verle saltar a la terraza y desde allí disparar otra vez.

Un alarido ahogó el eco del pistoletazo.

—Bueno, vamos a ver quién era nuestro agresivo visitante —refunfuñó, entrando velozmente.

Connie se quedó dónde estaba. Luego, salió a la terraza y vio un bulto oscuro arrastrándose sobre la gravilla del sendero.

Sandy apareció tras la oscura forma del hombre y oyó su voz:

—¡No muevas ni un dedo, compañero, o te clavo contra la tierra!

Reid se inclinó. El hombre tenía un boquete enorme en la espalda que sangraba a borbotones. Otra herida en una pierna dejaba asomar esquirlas de hueso.

—Como buen profesional —dijo—, supongo que no llevarás ningún documento encima. Pero vas a decirme quién eres y por qué has armado toda esta ensalada. ¿Entiendes lo que te digo?

El hombre barbotó una atroz obscenidad por toda respuesta.

—Un tipo duro, ¿eh? Sólo que tú aún no sabes lo que es la dureza en nuestro círculo social.

Reid se irguió. Bruscamente, apoyó el pie sobre la pierna rota y presionó salvajemente.

Un largo estertor brotó de la garganta del moribundo. Un chillido agónico que expresaba todo el dolor del infierno.

—¿Y bien, muchacho, cómo te llamas? —insistió.

—Max… Dubak.

—¿Quién te pagó por matarme?

—Nadie… Fue una orden…

Su voz se extinguía por momentos.

—¿De quién? ¡Habla, y de prisa!

El desgraciado sacudió la cabeza. El sabía que estaba acabándose, y eso era un consuelo después de todo.

El dolor atroz en la pierna le arrancó un largo alarido.

—¿Quién dio esa orden? —repitió Reid, implacable como la muerte.

—No…, no puedo… decirlo…

—Vas a pasarlo muy mal antes de reventar, amigo.

Empezó a oírse una lejana sirena policíaca.

Sandy se irguió, escuchando.

Desde la terraza, Connie exclamó con voz quebrada:

—¡Ya basta, Sandy…, es…, es inhumano…!

—¿Crees que este juego es como la canasta? ¡Métete dentro!

Pero ella no se movió, fascinada por lo que estaba viendo, oyendo aullar como una bestia al herido y la voz neutra, inexpresiva, de Reid formulando las preguntas una y otra vez y obteniendo sólo alaridos de demencial dolor.

Luego, cuando el coche policíaco se detuvo al otro lado de la valla, los alaridos cesaron y por unos increíbles instantes todo fue silencio. Connie sintió como si repentinamente quedara aislada en una gran pecera donde no llegaran los sonidos del mundo que la rodeaba. Luchó por dominar el temblor que la sacudía y forzó la mirada…

Allá abajo, el herido estaba inmóvil y silencioso. Junto a él, Reid decía a gritos a los policías que la verja estaba abierta y que entraran.

Price y otro hombre atravesaron el jardín a paso de carga.

Se quedaron de una pieza al ver lo que les esperaba.

—¿Qué diablos sucedió? —El teniente no parecía precisamente de buen humor.

—Este tipo… Quiso valerse de Connie para irrumpir en mi casa. Llevaba un cuchillo y la amenazó con él. Luego, utilizó una pistola y hubo una pequeña batalla.

—Que él perdió, por lo que veo.

—Tuve suerte.

El sargento Barrett se había inclinado sobre el pistolero y refunfuñó:

—Una suerte loca, Reid. Este hombre ha muerto.

—No disparé sólo para hacer ruido. Lo que no entiendo es quién diablos les llamó tan oportunamente.

—Nadie. Yo quería hacerle unas preguntas, Reid.

—Entiendo.

—Vamos adentro, hay que llamar una ambulancia. Connie… La chica, ¿está bien?

—Perfectamente.

Subieron la escalera de caracol. Por primera vez en su vida, Sandy se alegró de poseerla.

Connie estaba muy pálida, pero Price se sorprendió de la vital vivacidad de sus ojos profundos. Parecía como si en ellos se agitara un incendio.

Pero no dijo nada. Pasó por su lado y fue hacia el teléfono.

Vio que estaba descolgado y gruñó:

—¿Puedo colgar o qué, Reid?

—¡Lo había olvidado! Estaba hablando con Hamilton cuando todo esto empezó…

Se llevó el auricular al oído, pero Hamilton había colgado ya.

De modo que Price habló con el hospital y luego con su oficina, y cuando colgó señaló las escaleras al sargento.

—Eche un vistazo a los bolsillos del fiambre, Barrett, y vea si encuentra el cuchillo de que ha hablado Reid.

—Claro…

—Bueno, desapareció usted muy oportunamente, detective —gruñó, encarándose con el propietario de la casa—. Puse a dos de mis hombres a husmear sus huellas, ¿sabe?

—Apuesto que no sacaron mucho en claro.

—Nada. Sólo una cuchillada.

—¿Cómo?

—Uno de ellos fue asesinado del mismo modo que el misterioso Aubry.

—¿Por un profesional del cuchillo?

—Seguro. Al parecer, sólo intervienen profesionales en este condenado asunto.

—Y usted que lo diga. Acabo de tener una muestra esta noche.

—Hablemos claro, Reid, ¿quiere? Usted conocía a Aubry. Sabía incluso que tenía una cicatriz en la espalda. Sin embargo, no se tomó la molestia de decirme una palabra. Sólo desapareció. Y hasta ahora. Quiero saber qué juego se lleva entre manos y quiero que se meta en la cabeza que yo voy a jugarlo también.

—Sé casi lo mismo que usted, Price.

—Pruebe otra vez.

Sandy suspiró. Volviéndose hacia la muchacha pidió:

—¿Te sientes con fuerzas para preparar unos tragos, querida?

—No estoy muerta aún, así que lo haré. Yo también necesito un buen estimulante…

Price la siguió con la mirada hasta verla desaparecer más allá de la puerta.

Entonces se encaró de nuevo con Reid.

—Este asunto se ha ensuciado mucho más de lo que estaba con la muerte de un policía, Reid —dijo—, así que las cosas han cambiado. No voy a permitirle retener información. ¿Comprende lo que quiero decir? Voy a llegar hasta el fondo por cualquier medio porque nosotros detestamos que alguien mate a uno de los nuestros.

—Ha cifrado usted demasiadas esperanzas en lo que yo haya podido averiguar, teniente.

—Deje que eso lo decida yo.

—Bien… Yo conocía a un tal Aubry. Sabía de él en Europa. Era un rufián internacional que no despreciaba ningún negocio por sucio que fuera si producía buenos beneficios. Había oído decir que llevaba una cicatriz en la espalda, y eso fue lo que quise comprobar

en el depósito de cadáveres. También sabía que ese nombre, Aubry, era una pantalla, pero jamás pude averiguar cuál era el suyo verdadero.

—Está mintiéndome, Reid.

—Pruébelo.

—¿Qué?

—Que miento.

Price resopló como una caldera a presión.

Entonces, el sargento Barrett apareció. Venía radiante.

—Éste es el cuchillo sin duda, teniente.

—¿El que llevaba el muerto?

—Sí, pero yo me refería a que aún contiene manchas de sangre seca en la unión de la hoja con la empuñadura. Debió ser limpiado muy apresuradamente la última vez que ese cuchillero lo utilizó.

Mostraba el afilado cuchillo protegido con su propio pañuelo.

Reid dijo:

—Ya tiene usted el asesino de su compañero, teniente…

—Puede.

—Seguro. No creo en la casualidad, y sería mucha casualidad que hubiera dos expertos de ese tipo metidos en semejante lío.

La sirena de la ambulancia se aproximaba. Price titubeó.

—Hablaremos después usted y yo, Reid.

—Muy bien.

Al quedar solos, Connie musitó:

—Estuviste torturando a ese desgraciado, ahí abajo…

—Sólo le hice unas preguntas, no vayas a ponerte sentimental ahora.

—¡Tú…, tú…, salvaje…!

La atrapó entre sus brazos y aplastó su boca casi con ferocidad.

Ella no supo si el salvaje beso fue solo para cerrarle la boca realmente, o porque él necesitaba el consuelo de su fuego después de la vorágine que acababan de vivir…

CAPÍTULO X

Hamilton casi daba saltitos mientras oía alejarse los coches de la policía. Abajo, Reid cerraba la puerta tras la despedida tensa del teniente.

Desde el diván, Connie barbotó:

—¿No puede estarse quieto? Me pone nerviosa. Parece como si fuera a poner un huevo, señor Hamilton.

El la miró como si no la viera.

—Usted qué sabe —murmuró—. ¡Sandy, maldita sea!

Reid apareció en lo alto de las escaleras y entró en el estudio.

—Bueno, cálmate. Has despertado las suspicacias de Price con tu nerviosismo.

—¿Cómo demonios esperas que me calme? Estabas hablando conmigo por teléfono, y de pronto me dejas con la palabra en la boca y comienzan a sonar tiros por el auricular… ¡Maldita sea, hombre! Y estabas hablándome del escrito.

—Ahí me llevé yo también una sorpresa… El escrito es auténtico. Letra de Marja.

Hamilton se tambaleó y hubo de sentarse.

—¡Pero ella está muerta, Sandy! —gimió.

—Tal vez escribió la nota antes del accidente y se les traspapeló en la agencia de mensajeros… Luego…

Hamilton estaba sacudiendo la cabeza nerviosamente.

—No, Sandy… He recibido otra.

Reid dio un salto.

—¿Otra nota escrita por tu mujer?

—Sí.

Sacó un papel del bolsillo y se lo tendió. Sus manos temblaban violentamente.

Reid vio unos renglones escritos y la letra no ofrecía dudas. Era la misma que el experto grafólogo había cotejado.

—Increíble —gruñó—. Ésta lleva fecha… de ayer.

—Estoy volviéndome loco.

—Bueno, si algo demuestra esta segunda nota, es que Marja vive. La primera pudo ser un olvido de la mensajería, pero esta segunda con fecha de ayer no.

Hamilton levantó la mirada hacia él, una mirada desorbitada, patética.

—Quisiera hablarte a solas —murmuró.

Connie hizo un mohín.

—Comprendo —dijo—. Me voy a casa, querido. Necesito un baño y cambiarme de ropa…

Le besó suavemente y se fue.

Reid encendió un cigarrillo, esperando.

Hamilton se retorcía las manos, como si quisiera romperse los dedos uno a uno.

Al fin, Reid se impacientó:

—¿Y bien? Ya estamos solos.

—Esos escritos, Sandy…

—Son de Marja. De eso no cabe la menor duda.

—Ella no puede haberlos escrito.

—Quizá no murió en el accidente. Pudo salir despedida del coche antes que éste se hundiera en el mar…

Hamilton estaba sacudiendo la cabeza. Y cuando habló fue como si su voz llegara desde muy lejos.

—No —dijo—. Ella estaba muerta. Yo la maté de un tiro.

Reid dejó escapar el cigarrillo de entre los dedos y permaneció estático, como si acabaran de golpearle en mitad del cráneo.

Cuando la alfombra empezó a oler a quemado se inclinó y tomó el cigarrillo, que aplastó en un cenicero. Tras esto se dejó caer sentado en una butaca.

Hamilton levantó la cabeza al advertir el largo silencio.

—¿No me oíste? —balbuceó—. ¡Yo le disparé un tiro antes de empujar el coche al abismo!

—Estás loco. Si la hubieses matado no habría podido escribirte estas notas. Y la tinta de la primera era reciente. No quería decírtelo hasta ver cómo reaccionabas. Ella vive.

—¡Te digo que le disparé! Cayó sobre el asiento. Empujé el coche y lo despeñé.

—¿Por qué?

—¿Qué dices?

—Quiero saber por qué lo hiciste, si es que realmente no se trata de un delirio de locos todo este embrollo.

Hamilton se recostó contra el respaldo de la butaca y cerró los ojos.

—Estaba desesperado… Ella… se sirvió de mí, pero nunca me quiso. Tal como reza la nota, nunca me amó.

—Ése no es motivo para un crimen.

—Te lo diré todo… Ella era a ti a quien amaba, Sandy. Siempre fue a ti a quien amaron todas las mujeres que se cruzaron en tu camino. Ella no iba a ser una excepción.

Reid estaba pálido como la muerte. Sacó otro cigarrillo y lo encendió despacio, tratando de relajarse.

—Continúa —gruñó.

—Es todo tan sórdido, tan sucio…

—No importa. Sigue.

—No sé cuándo se enamoró de ti, pero es seguro que al principio no lo estaba, no te quería. Se sirvió de ti en Europa para que la introdujeras legalmente a este país. Marja, Reid, era un agente de espionaje.

Sandy casi saltó de pie.

—Repite eso…

—Lo llevaban todo planeado desde mucho tiempo antes de que la conocieras. Calcularon cada paso hasta ponerlo en práctica. Tú podías introducirla en tu patria. Por alguna razón que yo ignoro, tenías influencia donde era menester, así que te utilizaron. Pero eso no era todo… ¡Oh, no! Lo bueno debía venir después. Tú eras íntimo amigo mío y el objeto final era yo.

—¿Por qué?

Hamilton abrió los ojos y se irguió.

—Mi carrera diplomática era brillante. Iban a destinarme al Departamento de Estado… Yo estaba lanzado. Fue entonces que mordí el anzuelo, me casé con ella y ya estaba todo a punto para exprimirme. Sólo se equivocaron en un punto… No pudieron sospechar nunca que yo presentase la renuncia a mi carrera por

haberme casado con una mujer extranjera. Eso hizo añicos todos sus planes. No necesito decirte lo que significaba para el adversario contar con una cuña en el propio Departamento de Estado…

—¿Cómo puedes estar tan seguro de lo que dices?

—¡Porque ella me lo escupió a la cara el mismo día de la fiesta! Habíamos tenido escenas terribles a raíz de mi dimisión. Y ese día…

Se cubrió la cara con las manos, anonadado.

Reid sentía hervir la cólera. No podía olvidar que él había amado a Marja, y ahora ese hombre derrotado estaba diciéndole que había muerto de un tiro y no en accidente…

—¡Acaba de una vez! —exclamó.

—Sí, claro… Ya no vale la pena ocultar nada. Ella fue a la fiesta. Es cierto que bebió más de la cuenta, pero no tanto como para que no pudiera conducir. Yo…, yo ya había decidido lo que tenía que hacer. Estaba como loco. Me escondí en el coche y ella no me descubrió en el asiento posterior hasta que ya hubo emprendido el regreso a casa. La obligué a conducir hacia el acantilado… Al pie del abismo hay una profunda sima marina a la que los buceadores no se han atrevido a descender nunca. Yo conocía su existencia.

—El crimen perfecto —masculló Reid, expeliendo una nube de humo.

—Sí. Lo fue. Me apeé del coche cuando ella estaba insultándome… Me dijo que siempre me había detestado, que te quería a ti y que sólo se había casado conmigo obedeciendo órdenes, pero que me despreciaba, que iría a tu casa a echarse en tus brazos… Entonces disparé.

—¿Estás seguro?

—Le disparé. Vi la sangre. La vi a ella tendida en el asiento… La maté, Sandy, aunque Dios sabe que desde entonces no he gozado de un instante de paz.

—Eres un bastardo, Randolph.

—¿Es que no me has comprendido? Ella era una espía… Te utilizó a ti tanto como a mí…, aunque se enamorase. Eso no cuenta. Se casó conmigo a pesar de amarte a ti…

—¡Cállate o no respondo de lo que haga!

Hamilton le miró. Reid estaba lívido y los ojos le brillaban como si estuviera consumido por la fiebre.

Tras un largo silencio, Sandy murmuró:

—Si tú la mataste, ¿cómo ha podido escribir ahora esas notas?

—¡No lo sé! Está muerta… ¡Está muerta! —chilló—. Pero por algún milagro la he oído por teléfono… y ha escrito esas notas…

Reid dijo:

—Algún día te aplastaré por lo que hiciste, Hamilton. Pero hasta entonces me ayudarás o te entregaré a la policía.

—¿Qué…, qué esperas que haga?

—Explorar esa sima marina conmigo. Quiero comprobar si allá abajo está el cadáver de Marja, y te apuesto doble contra sencillo a que no vemos el menor rastro de ella porque nunca se hundió.

—¡Estás loco! Te repito que yo…

—Quizá estaba en el asiento cuando la despeñaste, pero pudo saltar durante la caída, o un bandazo del auto la arrojó fuera y recobró el conocimiento al caer al agua… Pudieron suceder un millón de cosas diferentes para que ella esté viva y no sepultada en su tumba líquida.

Hamilton estaba sacudiendo la cabeza.

—Estará allá abajo, aunque no podremos llegar hasta ella… Según las cartas marinas, y cuanto he leído sobre ese lugar, tiene una profundidad que se calcula en casi dos mil metros.

—De cualquier modo, lo comprobaremos. ¿No comprendes que los muertos no resucitan, no escriben notas ni llaman por teléfono? Si lo encontramos, el coche estará vacío.

Hamilton suspiró resignadamente.

—Haré lo que quieras —musitó—. Estoy en tus manos.

—Nunca has dicho una verdad tan grande.

—Ahora necesito un trago. Siento como si me hubieran vaciado por dentro.

Reid llenó dos vasos y bebieron en silencio, atenazados por el destino absurdo que había cruzado en su camino a aquella extraña mujer.

El alba apuntó por el ventanal. Reid tendió la mirada más allá del descuidado jardín, por la colina y los árboles, hacia la ciudad que comenzaba a desperezarse allá abajo.

Veía una esquina de la casa de Connie. Se la imaginó dormida, con su característica actitud de abandono sobre la cama, con el rubio cabello desparramado alrededor de su hermosa cabeza.

Comprendió de pronto cuánto necesitaba a aquella mujer,

cuánto significaba para él y cuánto significaría en el futuro.

Suponiendo que aún quedara futuro, cosa que empezaba a dudar teniendo en cuenta que la muerte podía acecharle en cualquier rincón…

O en las profundidades del mar.

CAPÍTULO XI

Se sumergieron uno tras otro, equipados con los cilindros de aire a las espaldas y un traje completo de bucear.

Se hundieron en el silencioso mundo abismal y durante los primeros minutos tuvieron luz suficiente para ver la maravilla de las algas, los peces, la arena y las rocas, y las bandadas de pececillos multicolores que les aceptaban sin aspavientos en medio de sus aladas correrías.

Después, la luz se volvió gris y acabó extinguiéndose.

Reid encendió la linterna especial y dirigió la luz hacia la escarpada pared de roca que se hundía en la nada, abajo, cada vez más profunda.

Buscó a Hamilton y distinguió su luz un poco a la derecha.

Le odiaba. El odio y la cólera eran incontenibles desde que sabía la verdad, la atroz verdad de un crimen que había acabado con la mujer que llegara a amar como a ninguna otra…

¿O no había acabado con ella?

Nadó furiosamente hacia abajo, ayudado por los pesados lastres de plomo que colgaban de su cinto, junto al afilado cuchillo.

Pronto comprendió que no podrían llegar al fondo. Aquel abismo parecía hundirse hasta el mismo infierno y si el coche estaba allá abajo, sólo un buzo equipado para grandes profundidades tendría alguna oportunidad de descubrirlo, y aun así era problemático porque la presión, en el fondo de la sima, debía ser mortal.

Paseó el haz de la linterna por las rocas, las algas que se mecían, negras a la vista. Luego, enfocó hacia el profundo foso.

Algo brilló al herirlo la luz, algo que no era roca, ni alga, ni pez.

Sintió acelerarse los agitados latidos de su corazón. Hizo

parpadear su linterna, llamando a Hamilton. Notaba la atroz presión en la sangre… Estaban al borde de la barrera que separaba la vida de la muerte.

Hamilton nadó hacia él y entonces le señaló aquello que brillaba a corta, distancia.

Siguieron hundiéndose, con una mortal sensación de ahogo, pero fascinados por aquel brillo metálico…

Y allí estaba el coche, un «Cadillac» gris, empotrado entre dos salientes rocosos, como sujeto por la tenaza de un gigantesco crustáceo.

Apenas podían soportar la presión… Reid sentía como si el cuerpo fuera a estallarle…

Dirigió la luz hacia la ventanilla delantera, seguro de que el coche estaría vacío. No podía ser de otro modo…

El rostro blanco de Marja pareció mirarle desde el asiento delantero con ojos como globos de cristal.

Toda la sublime belleza de aquella cara se había esfumado con la muerte. Era sólo la cara de un cadáver, con la boca abierta, las fosas nasales dilatadas, los ojos inmensamente abiertos y un pequeño orificio en la sien que el agua había limpiado escrupulosamente.

Notó la contracción espasmódica de Hamilton y le vio girar, inconsciente, empezando a hundirse.

Por un instante pensó dejarle que se perdiera en las profundidades. Después, se zambulló hacia él y atrapándole por el cinto tiró hacia arriba, apoyándolo contra el auto.

Volvió a mirar a la mujer muerta. Era Marja sin la menor duda. La misma Marja que él había amado, que había arrancado de las garras del más implacable servicio secreto del mundo… O, por lo menos, eso creyó entonces.

Y ahora estaba allí, muerta, con el agua pegándole las ropas al cuerpo igual que si estuviera desnuda.

Al fin reaccionó, con un torbellino agitándose en su cerebro mostrándole la increíble verdad.

Tiró de Hamilton y arrojando los lastres de ambos empezó a nadar hacia la superficie lentamente, deteniéndose a intervalos para efectuar la descompresión.

La sangre cosquilleaba en sus venas y sentía una extraordinaria

flojedad en todos los miembros. Pensó que no podría llegar a la superficie, pero su férrea voluntad le ayudó a contener las ansias locas de lanzarse hacia arriba y terminar de una vez.

Vivieron gracias a eso; al control de sus nervios, a la metódica descompresión.

Hamilton abrió los ojos mucho más tarde, tendido sobre las rocas. En los primeros momentos no consiguió pensar en nada, asombrado de hallarse vivo bajo el inmenso cielo azul desbordante de sol.

Reid gruñó:

—Hiciste un buen trabajo, hijo de perra.

—¿La has visto?

—Claro.

Quedaron mirándose fijamente. Hamilton empezó a temblar.

—Está allá abajo —musitó—. ¡Está allá abajo, Reid!

—Sí.

—Entonces…, ¿cómo pudo escribirme, cómo pudo hablarme…?

—No lo sé. Piensa un poco por tu cuenta.

Se levantó y fue hacia donde estaba el coche. Acababa de despojarse del traje de bucear cuando Hamilton se le unió.

Empezó a vestirse en silencio. Hamilton dijo:

—¿Qué piensas hacer?

—¿Respecto a qué?

—A todo esto… A Marja, a mí… A todo —repitió, desalentado.

Reid se encogió de hombros.

—He de pensarlo —dijo, evasivo—. De momento, lo que más ansío es aplastarte.

Hamilton cabeceó.

—Comprendo —susurró.

Y comenzó a vestirse también.

Minutos después, Reid conducía el coche hacia el centro de la ciudad, sombrío y hundido en sus pensamientos.

Sólo cuando penetró en el denso tráfico de las calles reaccionó.

—Voy a dejarte ahí, en la esquina. Tengo algo que hacer.

Hamilton le miró, hundido.

—Voy a entregarme, Sandy —murmuró.

Reid detuvo el coche junto a la acera.

—¿Entregarte?

—A la policía. Quiero terminar de una vez. Lo confesaré todo.

—Tú no harás nada de eso.

—¡Pero yo la maté, Reid!

—Muy bien. Pero este asunto no es sólo un crimen. Hay mucho más implicado en todo ello y no puedes ponerlo al descubierto sin pensarlo más despacio. Vete a casa. Te veré esta noche y entonces podrás hacer lo que se te antoje, desde confesar hasta pegarte un tiro.

Hamilton abrió la portezuela.

—Eso es lo que a ti te gustaría que hiciera, ¿no es cierto? Que me pegase un tiro… Todo quedaría enterrado para siempre…

—No es mala idea, sólo que tan estúpida como todas las tuyas. ¿Aún no has comprendido que tú no mataste a Marja, pobre tonto?

Hundió el acelerador y se metió veloz en medio del denso tráfico.

Hamilton se quedó rígido en la acera, zarandeado por los apresurados ciudadanos que le dirigían miradas asesinas.

El no se daba cuenta de nada.

Sólo las palabras de Reid zumbaban en su mente una y otra vez, machaconas, implacables…, hasta la locura.

Alguien le pegó un empellón y trastabilló a punto de caer.

Echó a andar como un autómata, sin rumbo.

El no había matado a Marja…

¿Cómo era posible?

Reid quería burlarse de él, de su angustia.

No podía comprenderlo.

Nunca supo cómo llegó a su casa, ni cómo entró, ni de qué modo se encerró en la biblioteca.

Menos supo cómo se había emborrachado hasta la extenuación.

Después de todo, era una manera como otra cualquiera de olvidar la pesadilla que turbaba su razón hora tras hora…

Capítulo XII

La *pizzería* estaba casi llena de gente, en cambio el vecino salón de billares aparecía vacío a esas horas de la mañana.

Reid entró y vio a un empleado leyendo el periódico al fondo, junto a una mesa.

El hombre levantó la cabeza y arrugó el ceño.

—Es demasiado pronto, a menos que quiera jugar usted solo.

—Quiero ver a Goodhart.

—El jefe tiene mucho trabajo ahí al lado. Vaya y…

—Hay demasiada gente y mi negocio con él es confidencial.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Vaya y dígale que estoy esperándole. Me envía Dubak.

El hombre arrugó el ceño.

—¿Max? —barbotó—. Debió pillarla buena… Anoche andaban locos buscándole.

—Vaya y dígale a Goodhart que estoy aquí.

—Bueno.

El tipo abandonó el periódico y se fue.

Cuando regresó, lo hizo acompañado de un individuo cetrino, de ojos hundidos y labios que le daban forma de tajo a su boca.

—¿Quién diablos es usted? —Gruñó—. ¿Dice que le envía Max?

—Sí.

—¿Dónde está él, por qué no ha venido personalmente?

—Dijo que había dificultades… ¿Podemos hablar en privado usted y yo, Goodhart?

—De acuerdo. Venga por aquí.

Se internó por un estrecho pasillo en el que sólo brillaba una débil bombilla.

Al fondo había una puerta y el hombre la abrió, mostrando un

interior oscuro como la tinta.

—Entre…, ahora encenderé la luz.

Cuando la lámpara del techo brilló, Goodhart empuñaba un revólver de cañón corto.

—Y ahora no haga tonterías si quiere vivir, señor Reid.

Sandy enarcó las cejas.

—Así que aún sigo siendo tan popular —comentó.

—Por poco tiempo. En unos minutos será sólo un cadáver… muy poco presentable. ¿Dónde está Max?

—En el depósito.

—¿Qué?

—La Morgue. Allí lo guardan en la fresquera.

—Ya veo… Fue por él que ha llegado hasta aquí. Le hizo hablar antes de matarle.

—Ahí te equivocas. Max sólo dijo su nombre. Fue consecuente hasta el final.

—Entonces, ¿qué le dio la pista de este lugar, de dónde sacó mi nombre?

—Tú también eres popular, especialmente desde que recibiste un mensaje de Aubry, hace algún tiempo.

Goodhart se estremeció.

—Pero usted estaba fuera del servicio… Lo supimos a tiempo. ¿Por qué nos vigila ahora?

—Ya debes saberlo cuando ordenaste que me dieran el billete para el infierno.

El revólver osciló significativamente.

—Es cierto, pero no esperaba tener el placer de hacerlo personalmente. Si estuviera usted en activo, matarle haría subir mi cotización hasta las nubes en los círculos debidos. Ahora tendrá menos trascendencia, pero espero que me feliciten.

—Quizá te den una medalla. La condecoración póstuma, claro.

Goodhart achicó los ojos.

—Hay una cosa que quiero saber antes de apretar el gatillo. ¿Por qué se mezcló en este asunto, por qué se cruzó en nuestro camino dada su condición? Ya no es agente, no es nada…

—Fue por Hamilton y Marja.

—Ya veo.

—¿Puedo fumar, Goodhart?

—Bueno, pero quiero comprobar la clase de cigarrillo que saca. Soy veterano en estos trabajos, ¿sabe?

—No me cabe duda.

Reid sacó un cigarrillo y Goodhart lo examinó cautelosamente.

—Está bien —dijo.

—¿Qué esperabas, que fuera un cartucho explosivo?

—Todos los hemos utilizado alguna vez.

Reid encendió el pitillo y saboreó el humo lentamente.

—El último cigarrillo del condenado —comentó—. Aprovecha el tiempo, Goodhart, y cuéntame cómo salió Marja del coche y cómo esquivó el disparo de Hamilton… Te juro que eso me tiene loco.

—El muy idiota sólo la rozó. Max oyó el disparo porque seguíamos siempre a Marja a distancia. Ya no nos fiábamos de ella porque había fracasado en su trabajo. Bueno, vio caer el coche y huir a Hamilton como alma que lleva el diablo. Marja salió despedida y se zambulló en el agua casi al mismo tiempo que Max.

—Ya veo.

—La trajo aquí. Estuvo oculta en este mismo cuarto, creyendo que estábamos a su lado para vengarse de Hamilton. Sólo que Aubry lo estropeó.

—Era un oportunista.

—El no trabajaba por ideales concretos. Sólo por dinero. Vio la oportunidad de sacarle una fortuna a Hamilton y quiso aprovecharla… Max se ocupó de él.

—Naturalmente.

—Acabe el cigarrillo de una vez, Reid.

—Bueno… Pero antes de que dispares, déjame decirte que fue una buena idea. Hamilton está medio loco con las notas de Marja, y las llamadas telefónicas, y el remordimiento… Y el cadáver colocado al fin donde debía estar, en el coche.

Goodhart dio un respingo.

—¿Cómo diablos puede saberlo, Reid?

—Porque lo he visto esta misma mañana. Y Hamilton también.

—Mala suerte. Ella debía desaparecer una vez utilizada. Su fracaso fue demasiado grave para concederle otra oportunidad. De modo que pensé hundirla en el mar, dejándola en el coche. Tal vez algún día éste fuera descubierto y por lo menos los huesos debían ser hallados para que nadie sospechase nunca.

—Te repito que la idea era buena.
—¿Ya terminó?
—Casi —saboreó el humo profundamente. El cigarrillo era ya una simple colilla—. Sólo cometiste un error, Goodhart. Matar al policía que me investigaba a mí. Los polizontes nunca olvidan estas cosas. No importa el tiempo que transcurra, ellos quieren cazar al responsable.
—Les deseo mucha suerte —rió Goodhart entre dientes.
Reid vio cómo tensaba el dedo en el gatillo. Se quitó la colilla de los labios y dijo:
—Marja se alegrará de encontrarse contigo en el infierno, Goodhart.
Disparó la punta del cigarrillo con la uña del pulgar. La catarata de chispas se estrelló contra la cara del pistolero cuando éste disparaba.
Sólo que para entonces Reid ya no estaba donde debía, sino que volaba materialmente más allá de la mesa.
Cegado, aullando, Goodhart se revolvió disparando una y otra vez.
Reid saltó contra él atrapándole las piernas y derribándole. Atenazó su muñeca armada y gruñó rechinando los dientes:
—¿Fue con ese mismo revólver que mataste a Marja?
—¡Maldito…!
—¡Responde!
Le retorció el brazo hasta casi quebrárselo.
Lanzó un aullido. Reid empezó a retorcerle la muñeca.
—¡Sí! —chilló—. ¡Fue con este revólver…!
Reid siguió aplicando presión a la muñeca, implacable, despiadado hasta el salvajismo.
—¡Ahora! —gritó—. ¡Dispara otra vez, maldito, dispara!
Enloquecido de dolor, Goodhart tiró del gatillo.
La bala le penetró por el costado atravesándole los pulmones. Reid le soltó y cayó de bruces, jadeando.
Comenzó a toser vomitando sangre. Reid sacó su propia pistola y esperó.
Al principio no oyó más que el jadeo del agonizante, y sus arcadas cuando la sangre le ahogaba.
Después, al otro lado de la puerta, hubo un leve roce.

Siguió esperando, impávido, como la araña a la mosca.

Al fin, la puerta se abrió de golpe y un hombre saltó dentro con una pistola en la mano.

Recibió la primera bala cuando sus pies apenas habían tocado el suelo.

La segunda le hizo salir otra vez por donde había entrado y ya no volvió a rebullir.

Goodhart se estremeció, ahogándose a causa de la sangre que le inundaba los pulmones. Boqueaba como un pez fuera del agua.

Cuando quedó inerte, Reid caminó hacia el pasillo. Pasó por encima del empleado lector de periódicos y abandonó el desierto salón de billares sin ninguna prisa, la cabeza caída sobre el pecho, pensando en todo lo sucedido…

En lo más profundo de su corazón deseó que ésta fuera la última vez en su vida que se viera forzado a revivir el pasado. No quería tener que volver a matar, ni a arriesgar la cabeza en ese juego inhumano, salvaje y mortal que era el sórdido mundo en el que él había sido adiestrado para desenvolverse.

EPÍLOGO

Connie estaba tendida al sol, sólo que esta vez en su propia terraza.

Oyó abrirse la puerta en la planta baja y se desperezó.

—¿Eres tú, querido? —Runruneó.

—¿Cuántos tipos tienen la llave de tu puerta, además de yo?

—No llevo la cuenta.

Reid apareció en la cristalera. Estaba pálido y sus ojos ardían como si tuviera fiebre.

La muchacha se incorporó de un brinco.

—¿Qué te sucede? —exclamó—. Tienes un aspecto terrible…

—Me siento peor aún que mi aspecto. Creo que necesito ayuda, chica rubia.

—Bien, has llegado en el momento adecuado y al lugar más oportuno para eso.

Se abrazó a su cuello y se besaron larga, apasionadamente.

Casi sin apartar los labios, la muchacha musitó:

—¿Ha sido todo tan malo como parece?

—Peor.

—Pero ya pasó… todo.

—Ya terminó.

—Entonces, bésame.

La obedeció, claro.

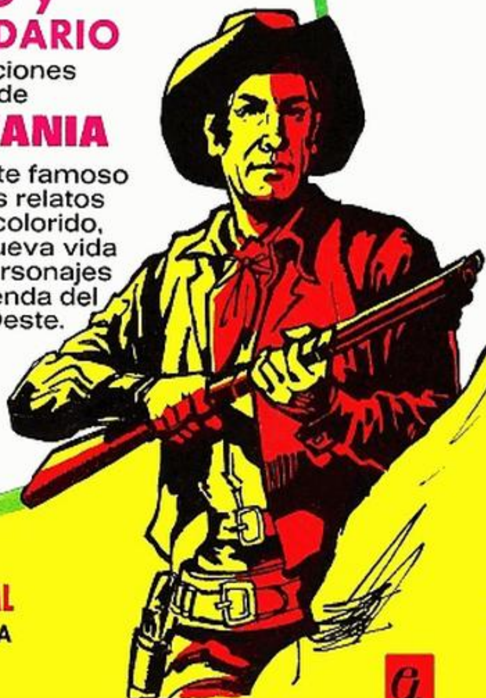
Cuando se quedó sin aliento, Connie retiró la cabeza y dijo:

—No tengo ninguna botella de «Chivas», querido…

—No importa. Tienes todo lo demás.

Debía tenerlo, y en abundancia, porque cuando el sol se hundió en el horizonte ellos aún estaban abrazados…

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los
ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.